

Sophie Saint Rose



*Entrega
Certificada*

Entrega certificada
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Symone cruzó la calle a toda prisa cargando con su pesada bolsa de cartera y esquivando un taxi que hizo sonar el claxon. Al llegar a la acera suspiró abriendo la bolsa para hacer el reparto y sonrió al ver el sobre rojo — Claro, hoy es jueves. — dijo para sí subiendo las escaleras del número cuarenta y siete. El portal estaba abierto y no veía al portero por ningún sitio. El señor Patterson bajaba en ese momento, así que encantada se acercó con los sobres en la mano— Le ha llegado carta, señor Patterson. Como todos los jueves. — miró en el montón del edificio y sacó dos cartas para él.

—Gracias, ¿Sybil?

—Symone. Symone Murray.

El hombre ya debía tener sesenta y tantos, pero era tan atractivo como un actor de cine. Incluso con su pelo moreno cubierto de canas, se conservaba muy bien para su edad.

— ¿Eres nueva en este trabajo? Creo que antes repartía las cartas un hombre, ¿verdad?

—Phill, pero se jubiló hace un año. Ahora esta zona es mía. —lo miró maliciosa— Usted es mío.

El hombre se echó a reír y Jack, el portero, se acercó poniéndose la chaqueta. Estaba claro que había ido al baño— Buenos días, Symone.

—Buenos días, Jack. ¿Cómo va ese intestino?

—Mucho mejor, gracias.

—Ya sabes, come mucha fibra. Hasta mañana. — se volvió y le guiñó un ojo al señor Patterson, que sonrió agradablemente.

Hizo su ruta saludando a todo el mundo y charlando un rato con ellos, pero se puso a llover, algo que no era extraño en Nueva York a finales de septiembre. Su pelo castaño, que había tardado una hora en dejar impecable con la plancha la noche anterior, ahora era una masa de rizos desgreñados — Mierda de tiempo. — era lo que más odiaba de su trabajo. El tiempo. En invierno era una pesadilla repartir el correo porque siempre llegaba empapada y muerta de frío cuando nevaba. Desde el año anterior, que era cuando había empezado a trabajar en correos, había pillado cinco resfriados. Había tenido la nariz roja durante todo el invierno y eso que había probado de todo. Su amiga Tavie decía que parecía una payasita. Y no sólo eso. En verano se asaba con aquellos pantalones ridículos y los zapatones con cordones. Además, la camisa azul le quedaba enorme. Era el uniforme menos sexy del mundo. Así no se comía ni un rosco y llevaba sin sexo... bueno ahí su trabajo tenía poco que ver, porque hacía dos años que no echaba un polvo.

Cuando por fin llegó a casa, se quitó la chaqueta de punto azul y puso los ojos en blanco al oír los jadeos de su compañera de piso en su habitación.

—Esto es estupendo. — seiseó viendo que el piso estaba hecho un asco mientras iba hacia la nevera y cuando la abrió, pudo comprobar que Tavie no había ido a comprar esa mañana como había dicho que haría.

—Espaguetis otra vez. — dijo resignada abriendo la alacena. Se puso a cocer los espaguetis sacando una lata de salsa boloñesa ya preparada y cuando tenía la comida ya a punto, escuchó el grito de satisfacción de Tavie terminando la faena.

Su novio salió de la habitación con unos gayumbos rojos sonriendo como un bobalicón mientras se apartaba el cabello rubio de la cara — Ehh.

Ese era el saludo de Cris. Siempre decía Ehh. Estaría bueno, pero era el tío con menos cerebro del mundo. Todavía no entendía como Tavie estaba con él. Por los orgasmos que le proporcionaba seguramente.

Cuando su amiga salió de la habitación atándose la bata de seda rosa que su madre le había regalado a Symone por Navidad, se dijo que ya tenía bastante— Esto no puede seguir así.

—Vamos, ¿estás enfadada?

—No trabajas, tengo que encargarme yo hasta de hacer la comida. ¡No has ido a la compra! — dijo enfadada— ¡Y hasta coges mis cosas sin mi permiso!

— ¡Somos amigas! — exclamó Tavie recogiendo su cabello rubio en una coleta alta mientras la miraba como si dijera disparates.

— ¡Precisamente por eso! ¡Si queremos seguir siendo amigas, esto tiene que cambiar!

Tavie la miró con sus ojos azules mientras que los verdes de Symone brillaban de rabia por no pegarle cuatro gritos — Está bien. Veo que igual me he pasado, pero no me he dado cuenta, te lo juro.

— ¡Sólo faltaría que hubieras sido tan egoísta a propósito!

—Necesita un polvo. — dijo Cris cogiendo de la olla unos espaguetis con la mano y metiéndoselos en la boca.

— ¡Cierra la boca, Cris! — dijeron las dos a la vez.

—Está bien. A partir de ahora colaboraré más. — su amiga se acercó a los espaguetis y sacó un plato de la alacena sirviéndose. Cogió un tenedor y se sentó sobre la encimera comiendo tranquilamente — Iré a la compra por la tarde. —dijo sin darle importancia.

Cuando un espagueti cayó como a cámara lenta sobre la bata que ni ella había estrenado, lo vio todo rojo— ¡Largo!

Tavie masticó lentamente dejando el plato sobre la encimera— Cris, corre.

— ¿Qué? — preguntó su novio con la boca llena.

— ¡Corre! ¡Tiene esa mirada de loca!

Cris la miró y ella indignada gritó — ¡No tiene gracia!

Tavie soltó una risita— Lo siento. Prometo ser buena.

Siempre le decía lo mismo y por muy amigas que fueran, aquello ya era el colmo. Negó con la cabeza y Tavie perdió la sonrisa poco a poco— Hablas en serio.

—Mira el apartamento, Tavie. ¡Tienes veinticinco años y no limpias, no colaboras, te comes todo lo que compro y este gorrón también! ¡No aportas dinero a la renta porque no trabajas y encima tienes el descaro de reírte de mí! ¡Y me has estropeado una bata que me ha regalado mi madre! —Tavie se sonrojó— Nos conocemos desde hace años y cuando te dije que podías vivir aquí, se suponía que era algo temporal. ¡Llevo un año manteniéndote y estoy harta!

—Entiendo. — dijo muy digna bajando de la encimera— Haré las maletas.

— ¿Y a dónde vas a ir? — preguntó Cris con la boca llena.

—A tu casa.

Cris abrió los ojos como platos— ¡No puedes venir a mi casa! ¡No entro ni yo!

Tavie jadeó indignada— ¿No me quieres en tu casa?

—No es eso palomita... — siguió a su furiosa novia y Symone se mordió el labio inferior sintiendo remordimientos.

—No cedas, no cedas. — se dijo a sí misma en voz baja. Sacó un plato del armario y cuando llegó a la olla vio que estaba casi vacía. Eso la decidió. Furiosa fue hasta la habitación y cerró de un portazo. Se quitó el horrible uniforme y salió con su albornoz rosa hacia el baño. Allí se encontró con Tavie, que estaba recogiendo sus cosas.

Symone se sintió fatal sobre todo porque se conocían desde los diez años y Tavie abrió los ojos como platos cogiéndola de la muñeca y metiéndola en el cuarto de baño a toda prisa— ¡No lo digas!

— ¿El qué?

—Cris me acaba de decir que está bien que me quede en su casa y si te echas atrás, nunca querrá que viva con él.

Symone entrecerró los ojos— ¡Lo has hecho a propósito!

—Técnica de supervivencia. — hizo una mueca—Siento lo de la bata. Ahí me he pasado. —se volvió y siguió recogiendo sus innumerables potingues— Vamos, parece que no me conoces. Tampoco soy tan desordenada.

—Increíble. — siseó— Tú no estás bien de la cabeza.

—En el amor y la guerra todo vale. — se volvió y le dio un beso en la mejilla— Te llamo mañana.

Atónita la vio irse del baño como si nada. Miró el estante casi vacío, pensando que ese pringado no tenía ninguna oportunidad con su amiga. Se lo iba a comer vivo.

Se pasó lo que quedó del día recogiendo el apartamento y yendo a la compra. Cuando al fin se tumbó en la cama hizo una mueca porque echaba de menos a Tavie.

Siempre hablaban antes de irse a dormir y era un hábito que echaría de menos.

— Bueno, Symone... es hora de buscarte un novio.

Una semana después estaba en la central de correos recogiendo la correspondencia de su zona, cuando repasando que todas las cartas estuvieran colocadas por calles, se dio cuenta que faltaba algo. Sin saber qué era, las revisó dos veces, pero tenía las cartas de todos los portales y de todas sus calles—Qué raro. — susurró metiéndolas por orden de entrega, para ir sacándolas según las iba necesitando. Esa vez llevaba un carrito porque tenía demasiado volumen y no le cabían en la bolsa. Odiaba el dichoso carrito. Sonrió porque afortunadamente no llovía.

Cuando llegó al número cuarenta y siete de la cincuenta y ocho, sonrió cogiendo las cartas para entregarlas— Buenos días, Jack.

—Buenos días, Symone. — de repente se puso pálido y salió corriendo.

—Vaya. — subió las escaleras —Pobre hombre. —iba a dejar las cartas sobre la mesa, pero se decidió a meterlas en los buzones para que no tuviera que hacerlo él.

Estaba echando las cartas en el buzón de Patterson cuando se detuvo en seco. Pasó una carta tras otra — ¡Mierda! ¡La carta roja!

Seguro que la había dejado en la central porque nunca faltaba. Hizo sus entregas en tiempo récord corriendo por su zona sin detenerse con nadie. Cuando llegó a la central, dejó el carrito en su sitio y fue a la zona de reparto para revisar su cajetín. Al verlo vacío, se llevó la mano a la frente pensando en ello—Mierda, mierda.

— ¿Qué ocurre? — preguntó su supervisora mirándola fijamente a través de sus gafas de pasta negras.

—Oh, nada. Creo. Es que un usuario esperaba una carta y me he pasado a mirar por si estaba allí.

—No habrá llegado. Si se hubiera enviado, la habrías repartido. — entrecerró los ojos—A no ser que la hayas perdido.

Symone abrió los ojos como platos— Por supuesto que no, señora Liles. Yo no he perdido nada.

La mujer sonrió asintiendo— Nunca hemos tenido una queja de ti y seguro que esta vez será igual. Esa carta no ha llegado. Punto.

—Sí, señora Liles.

—Bien. ¿Has terminado?

—Sí, señora.

Miró su reloj y sonrió encantada— Muy bien. Un tiempo excelente. Puedes irte a casa.

Cuando la mujer se volvió a echarle la bronca a otro, gimió mirando su cajetín— ¡Mierda!

Después de darle vueltas durante una hora, se acercó al portal del señor Patterson para disculparse. Estaba convencida que la carta había desaparecido en algún punto porque las recibía todos los jueves y se sentía culpable porque era más que evidente que eran cartas de amor. Symone se imaginaba que sería un amor imposible y que sólo les era posible comunicarse así, como en los romances del siglo diecisiete. La posibilidad de que por culpa de ella no hubiera recibido la carta de la semana, le provocaba una desazón que no se iba. Así que como decía su madre, cuando había que disculparse, cuanto antes mejor.

Entró en el portal y saludó a Jack— ¿Cómo estás?

El hombre que debía tener unos treinta años sonrió como si estuviera encantado con la pregunta y Symone incómoda porque pensara que tenía interés en él, miró a su alrededor disimulando.

— Mucho mejor. Es que tengo el colon irritable, ¿sabes? Y si me pongo nervioso...— de repente palideció y salió corriendo.

Symone se quedó mirando su espalda con la boca abierta y entonces comprendió que se ponía nervioso al verla. Hizo una mueca esperando que se le pasara, porque le iba a ver casi todos los días a no ser que la cambiaran de ruta. Algo poco probable.

Sujetándose la correa del bolso que cruzaba su pecho fue hasta el ascensor y pulsó el octavo. Se miró al espejo y se apartó un rizo castaño de la frente. Se pasó el dedo por debajo de sus ojos verdes para quitar algo del rímel que se le había corrido y tomó aire dándose valor porque no sabía cómo iba a reaccionar el pobre hombre. Esperaba que estuviera en casa.

Salió del ascensor y admiró un precioso cuadro que estaba en el pasillo. Era una preciosidad que representaba un puente sobre un río lleno de flores acuáticas. En su barrio ese cuadro duraría allí tres minutos. Fue hasta la puerta A y tocó el timbre. Miró a su alrededor y se sobresaltó cuando abrieron la puerta. Una mujer de la edad del señor Patterson le sonrió dulcemente y Symone frunció el ceño mirando la letra de su puerta. Se suponía que ese hombre no tenía esposa. Nunca había enviado una carta a la mujer de Patterson, pero temió meter la pata, así que preguntó— ¿Es la señora Patterson?

—Oh no, querida. Soy su asistente. ¿Traes una carta certificada para Richard?

Suspiró de alivio— No, pero necesito hablar con él de un asunto importante.

La mujer asintió con una agradable sonrisa mirándola con sus ojos azules —Por supuesto. Pasa, que le aviso.

La llevó a un salón que estaba elegantemente decorado. Era masculino en tonos marrones y el gran sofá de cuero le recordó a los que se veían en las películas inglesas. Todo estaba puesto con mucho gusto. Había un cuadro que le llamó la atención porque no pegaba con la decoración clásica de ese hombre. Era el retrato de una mujer en tonos pastel. Era preciosa, con su pelo rubio y sus ojos verdes brillando de alegría mientras se reía. Seguro que era alguien importante para él.

—Enseguida le aviso. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. —se sentó en el sofá sacando la correa del bolso por la cabeza para colocarlo a su lado en el sofá— Acabo de tomarme un café.

La mujer asintió girándose y yendo hacia una puerta que había a su izquierda. Llamó a la puerta —Adelante.

La señora entró en lo que parecía un despacho. Desde el sofá vio que el señor Patterson estaba sentado detrás de un escritorio muy fino. La mujer le dijo algo que ella no llegó a entender desde allí y el hombre se levantó rodeando el escritorio. Cuando salió, Symone sonrió levantándose del sofá.

Al verla sonrió agradablemente —Pero si es nuestra repartidora de noticias.

—Qué manera más delicada de decir repartidora de facturas.

El hombre divertido le indicó el sofá — Por favor, siéntate. Tienes que estar cansada después de recorrer las calles toda la mañana.

Symone se sentó mientras la mujer recorría el salón para entrar en otra puerta a su derecha.

—Bueno, Symone... ¿ha ocurrido algo? — se sentó en la butaca al lado del sofá y ella pudo ver en sus ojos que tenía la esperanza que hubiera sido así.

—Quería disculparme por no haberle traído el sobre rojo hoy. — dijo preocupada— En realidad no sé qué ha pasado y temo haberlo perdido.

—Tutéame, por favor. — la miró con sus ojos grises y apretó los labios— ¿Por qué te disculpas si no sabes qué ha ocurrido?

—Me he imaginado que la culpa ha sido mía, porque ella no falla ni una semana. — se sonrojó intensamente— Perdón. Supuse que era una mujer quien...

—Tienes razón. — la interrumpió con una triste sonrisa— En treinta y dos años no ha fallado nunca. —eso la hizo sentirse peor aún. Que hubiera pasado en su turno, era tener mala suerte —Desgraciadamente creo que a ella puede haberle pasado algo y por eso no ha escrito la carta de esta semana.

—Pero puede enterarse, ¿verdad? —preguntó ansiosa.

Richard negó con la cabeza —No puedo llamar a su casa.

—Entiendo. — susurró mirando la tristeza en sus ojos — Si está casada, puedo ...

—No está casada. Es viuda.

Symone le miró confundida— ¿Y si es viuda por qué razón no pueden mantener contacto? — al darse cuenta que había preguntado algo demasiado personal, se puso como un tomate y susurró —Lo siento, no es asunto mío.

El hombre suspiró y miró el cuadro —Cuando conocí a Valeria sí que estaba casada. —a Symone se le cortó el aliento— Llevaba casada cinco años y tenía una hija con su marido.

—¿Cómo se conocieron?

Richard sonrió con nostalgia— En el cine. Había ido sola porque su marido no soportaba el cine europeo. Estábamos en la cola de las palomitas y tropecé con ella. Fue amor a primera vista.

—Oh, qué bonito.

—Intentamos separarnos, de verdad. Pero era superior a nuestras fuerzas. —miró a Symone a los ojos— Le pedí mil veces que le dejara y cuando lo iba a hacer, su marido tuvo un problema de salud que le impidió hacerlo.

—Algo de corazón, seguro. —dijo haciéndole reír— En las grandes historias de amor siempre pasa algo así.

—No pasó sólo eso. Yo me enfadé y...

—Se separaron.

—No quería hacerle daño a su marido, ni a su hija, así que cuando se enteró de que estaba embarazada de mí, no me dijo nada. —Symone se llevó una mano al pecho sintiendo mucha pena por él — Yo me casé con otra, pero el matrimonio no duró ni dos años. Me estaba divorciando cuando vi a Valeria en Central Park con el niño en el carricoche. Cuando nos encontramos, volvimos a sentir lo mismo que cuando estábamos juntos, así que fue inevitable. Pero cuando un día el niño me llamó papá en uno de nuestros encuentros, ella me miró con horror y ya no quiso volver a verme, sintiéndose muy culpable por todo lo que habíamos provocado.

—Así que tu hijo vive en la ignorancia.

Richard asintió.

—¿Y su marido?

—Murió hace siete años.

—¿Y por qué no están juntos, si se puede saber?

Él señaló una foto que había sobre una estantería y Symone abrió los ojos como platos al ver a un hombre guapísimo, riendo con la mujer rubia al lado. Tenía los ojos grises y miraba a la cámara, pero Symone sintió que la miraba a ella —Está buenísimo.

Richard se echó a reír a carcajadas— Según su madre, tiene un éxito terrible con las mujeres.

No le extrañaba nada— Seguramente usted también lo tendría porque son igualitos. —Symone miró la foto y a su anfitrión varias veces.

—Ese es el problema. Que cuando me vea, sabrá todo lo que ha pasado y su madre no puede soportar que sepa que le ha engañado. Que ha engañado a toda la familia. Sería demasiado para ella.

—¡Por Dios, llevan así treinta años! —dijo ella indignada— Tienen derecho a ser felices de una vez. Él se cabreará, pero tendrá que aceptarlo. ¡No es un niño!

Richard la miró con admiración —Eso mismo le he dicho a Valeria, pero...

—Se niega.

—Sus hijos son el amor de su vida. —Symone suspiró mirando la foto— Además, no sé lo que ha pasado, así que hasta que no se ponga en contacto conmigo tengo las manos atadas.

—Pues me voy a enterar. —dijo levantándose del sofá decidida— ¿La dirección?

Richard abrió los ojos como platos— ¿Qué?

—¡No puedes pasarte con esta incertidumbre varios días! Me das la dirección y voy a preguntar por ella. ¡Soy cartera! De algo tiene que servir mi profesión.

El hombre pareció pensarlo— No es mala idea.

—Tú no puedes ir, pero yo sí. —sonrió radiante— Y si tengo suerte puede que vea a tu hijo.

—No le contarás nada, ¿verdad?

—Soy cartera. —dijo ofendida— Soy discreta por naturaleza. Si supieras las cosas que sé.

—¿Cómo qué?

—Soy una tumba.

Richard se echó a reír y sus ojos brillaron. Se levantó y fue hasta su despacho donde escribió en un post-it lo que suponía que era la dirección.

Cuando volvió, pareció pensárselo mejor con el post- it en la mano— No dudes más. Por mí no se enterará de nada. Preguntaré por ella. ¡Incluso puede que no pase nada y yo haya perdido la carta!

Richard apretó los labios y le entregó la nota— Valeria Thorton.

—Muy bien. Volveré. —dijo yendo hacia la puerta con paso firme —Tardará un par de horas. Tengo que pasar por la central.

—De acuerdo. Estaré aquí esperando.

Saliendo del piso apretó los labios. Pobre hombre. Llevaba esperando toda su vida. Su único nexo de unión con su familia eran esas cartas y ella iba a descubrir qué estaba pasando.

Capítulo 2

A toda prisa fue hasta la central con la esperanza de que hubiera en el cajetín de su calle alguna carta a nombre de Valeria Thorton. Sonrió porque tuvo suerte y discretamente cogió la carta, que era de un banco. Hizo una mueca porque le vendría mejor una certificada, pero le serviría para tener una excusa. Cuando la había guardado en el bolso, pasó su supervisora ante ella.

—Symone, ¿qué haces todavía aquí?

—Se me olvidó algo en la taquilla y me he pasado a ver cómo iba el trabajo para mañana.

La señora Liles la miró asombrada— No deberías pensar tanto en el trabajo. Eres joven. Sal a divertirte.

—Es que me gusta que todo esté en orden.

—Esta entrega en tu trabajo, me hace pensar que puede que te recomiende para un ascenso a clasificación.

¡Dios mío, qué horror! Estar todo el día sentada clasificando cartas por código postal. Prefería helarse de frío.

—No se moleste. Ya conozco a los vecinos y estoy muy a gusto en la ruta.

—Estupendo. Ahora vete y disfruta de lo que queda del día.

—Lo haré. Hasta mañana.

Salió de allí a toda prisa y corrió a la parada de metro para ir a la calle sesenta y cuatro este. Estaba claro que tenían mucho dinero y Symone esperaba que eso no hubiera tenido nada que ver a la hora de no separarse de su marido.

Cuando llegó a la casa de tres pisos, miró la fachada de ladrillo rojo y se pasó las manos sudorosas por su chaqueta antes de sacar la carta de su bolso. Con la carta en la mano cruzó la calle y subió los cinco escalones que llevaban a la puerta, decorada con un llamador de cobre en forma de león.

—Vamos allá. — tocó el timbre y puso una sonrisa en la cara.

— ¡Ya voy yo! — escuchó desde dentro de la casa y cuando abrieron la puerta Symone sintió que se le detenía el corazón. El hijo del señor Patterson estaba ante ella con una camisa blanca y unos pantalones negros. Las mangas de la camisa estaban enrolladas hasta los codos mostrando su vello negro y Symone tragó saliva al ver el color dorado de su piel. Estaba para comérselo

— ¿Sí?

La voz grave del macizo le hizo levantar la vista a sus ojos grises, igualitos a los de su padre.

— ¿Quería algo?

—Oh. —miró la carta como si leyera el nombre que se sabía de memoria— ¿Valeria Thorton?

—Es mi madre. — extendió la mano, pero ella la apartó de él sorprendiéndolo.

— ¿Y eso cómo lo sé?

— ¿Perdón?

— ¿Está en casa?

—Mi madre está en el hospital. — respondió molesto— ¿Me da la carta?

— ¿En el hospital? — preguntó alarmada— Estará bien, ¿no?

Richard la miró asombrado y respondió entre dientes— ¿Es asunto suyo?

— ¡Me gusta saber que mis asignados están bien! Es de buen cartero.

—Querrá decir de buena cartera cotilla.

Symone jadeó ofendida— ¿Está bien o no?

—Ha tenido una infección de vesícula y han tenido que operarla de urgencia.

Iba a entregarle la carta cuando la volvió a apartar— ¿Pero está bien?

—Los médicos dicen que sí. Tardará unas semanas en recuperarse, pero se pondrá bien.

Le tendió la carta y Richard iba a cogerla cuando volvió a separarla— ¿En qué hospital está?

—Oiga, señora...

— ¡Señorita! —exclamó ofendida— Señorita Murray.

— ¿Me da la carta de una buena vez?

— ¡Es por si algún vecino quiere enviarle flores!

—En el Lenox Hill. — respondió entre dientes.

— ¿Habitación?

—Trescientos dieciséis.

Ella sonrió radiante— Gracias. — le entregó la carta, pero cuando él la cogió Symone no la soltó— Por cierto. ¿Está soltero?

La miró asombrado— ¿Y eso qué tiene que ver con mi madre?

—No, si esa pregunta es para mi información personal.

—No es asunto suyo.

—Pues verás... ¿te importa que te tutee? No, ¿verdad? Pues verás... si de algo me he dado cuenta en el día de hoy, es que no hay que desaprovechar las oportunidades, porque luego vienen los arrepentimientos.

—¿No me diga? — tiró de la carta, pero ella no la soltó cogiéndola con la otra mano— ¡Esto es ridículo!

— ¿Está soltero o no?

— ¡Sí! Y si todas las mujeres son como usted, lo estaré muchos años.

Ella se echó a reír dejándolo de piedra— ¿Novia?

Se dio por vencido —No.

—No eres gay, ¿verdad?

— ¡No!

—Tengo un trabajo estable y no estoy mal. ¿Quieres casarte conmigo?

La miró como si le hubieran salido dos cabezas antes de cerrarle la puerta en las narices. Symone parpadeó mirando el llamador. Parecía que el dichoso león se reía de ella.

— Eso es que no? — preguntó en alto para que la oyera —Vale, te meto la carta por debajo de la puerta. — metió la mitad de la carta por la ranura y cuando la carta desapareció sonrió sin poder evitarlo— ¡Por cierto, me llamo Symone!

Esperó su respuesta, pero al no escuchar nada bajó los escalones lentamente sonriendo como una tonta. ¡Qué hombre! Caminaba por la acera y volvió la vista a la

ventana. ¡La estaba mirando! Ella le saludó con la mano y él cerró la cortina a toda prisa.

—Le has gustado. Sino no se hubiera quedado mirando. — dijo para sí loca de contenta.

Cuando llegó a casa de Richard padre, entró en el portal donde Jack en cuanto la vio se sonrojó intensamente.

—Hola.

—Hola, Symone. Sobre lo de antes...

—Hablamos luego, tengo prisa. — dijo entrando rápidamente en el ascensor dejándolo con la palabra en la boca.

Cuando llegó al octavo, Richard abrió la puerta él mismo, lo que demostraba el estado de nervios en el que se encontraba— Sabes que estamos en el siglo veintiuno y que existen los móviles, ¿verdad?

— ¿Está bien?

Entró en el piso sonriendo de oreja a oreja— Está bien. La han operado de la vesícula de urgencia, pero está bien.

Richard suspiró de alivio pasándose una mano por la frente — ¿Por qué no vas a verla? Está en el Lenox Hill. Habitación trescientos dieciséis.

— ¿Cómo te has enterado de eso?

—Sonsaqué a tu hijo. — le guiñó un ojo— Se me resistía, pero al final habló. Por cierto, ¿cómo es que no os llamáis por teléfono?

Richard se sentó en la butaca —Empezamos con lo de las cartas. En aquella época no había móviles y cuando Richard le regaló uno hace diez años, no me quiso dar el número porque su marido pagaba las facturas.

—Entiendo.

—Después Richard se encargaba de esas cosas y seguimos como estábamos.

—Pero os veis, ¿verdad? En algún momento tenéis que veros.

—Una vez a la semana nos vemos aquí. Suele venir el lunes porque es el día que tiene más desocupado. Su hija tiene dos hijos y le quitan mucho tiempo. Además, tiene que seguir yendo a sus causas benéficas porque si no sus hijos se extrañarían.

—Así que está muy ocupada con la familia y eso.

—Viene cuando puede. A veces me sorprende cuando tiene una tarde libre.

Le parecía terrible tener que esperar siempre a que ella pudiera hacerle un hueco. Ese hombre tenía la paciencia del santo Job. Symone se sentó en el sofá— ¿Vas a ir a verla?

—Por mí iría ahora mismo, pero si Steffani está allí, se sabrá enseguida la verdad.

—Por tu parecido con él.

—Exacto.

—Steffani es su hija mayor, supongo.

Richard asintió preocupado— Ya no lo soportó más. Todo esto es...

—Has tenido mucha paciencia. ¿Cómo lo has soportado?

La miró a los ojos— Si hubieras conocido al amor de tu vida, harías lo que fuera por estar con él, aunque sea un minuto al mes. —el corazón saltó en su pecho al oírle hablar — Sé que ella sufre tanto como yo, pero el amor que siente por sus hijos la retiene. Y a mí también. No quiero hacerles sufrir. Después de tantos años le tengo tanto cariño a Steffani como a mi hijo. —señaló una foto donde estaba toda la familia junta. Una chica rubia rodeaba con el brazo al que debía ser su marido, un hombre moreno con cara de buena gente. Al lado del marido estaba Valeria y al otro lado Richard que miraba a sus dos sobrinos sentados en el suelo ante ellos. El gran árbol de Navidad indicaba que estaban en fiestas. El único que faltaba era él y miró a Richard con pena.

—Lo siento.

Richard sonrió intentando disimular su estado de nerviosismo— Nunca nos había pasado algo así y estoy preocupado.

— ¿Quieres que mañana vaya a verla? Si no hay nadie, le daré mi teléfono para que hable contigo.

Sus ojos grises brillaron— ¿Harás eso por mí?

—Claro. —le miró maliciosa— Además, tengo la intención de ligarme a tu retoño.

Richard se echó a reír a carcajadas —No te rías. — dijo indignada— Lo conseguiré. Me gusta.

— ¿Te gusta, eh? — dijo hinchando el pecho —Es un partido estupendo.

—Eso ya lo he visto.

—Y lleva su empresa con mano de hierro. — se notaba que estaba muy orgulloso de él.

—Eso a mí no me importa. — dijo levantándose del sofá— Yo me mantengo sola.

Richard la miró pensativo— ¿Sabes que eres una persona estupenda? Nada me gustaría más que se uniera a una mujer como tú.

Symone se sonrojó por el piro— Haré lo que pueda. — fue hasta la puerta y Richard la siguió— ¿Quieres que le diga algo si no puede llamarte?

—Que la amo más que a mi vida.

Esa respuesta le cortó el aliento y esperó que alguien la amara así algún día —Lo haré. — susurró. Forzó una sonrisa y salió del piso.

—Gracias, Symone. Gracias por todo.

—No es nada. Estamos para servir. — le guiñó un ojo haciéndole reír y Symone se sintió mucho mejor.

Al día siguiente hizo su reparto como todos los días, deseando que llegara el fin de semana porque estaba agotada. Antes de ir al hospital, decidió cambiarse de ropa y se puso unos vaqueros ajustados negros y un jersey verde que resaltaba el color de sus ojos. Se maquilló ligeramente y como no le daba tiempo a planchárselo dejó sus rizos castaños sueltos, llegándole la melena a mitad de la espalda.

Como no podía presentarse con las manos vacías a visitar a una enferma, decidió comprarle algo de parte de Richard. Entró en la floristería del barrio y miró a su alrededor.

— ¿Puedo ayudarla en algo?

Se volvió hacia un chico que por su camisa supo inmediatamente que era gay. Un heterosexual no se pondría ese tono de rosa—Quiero el ramo de flores más bonito del mundo. Quiero que cuando lo vea, se quede con la boca abierta y sepa que la persona que se lo regala la quiere con locura.

—Tu novio es muy afortunado. — dijo mirándole las piernas. Pues no, no era gay.

—No es mi novio. Es un amor imposible que perdura a lo largo de los años. — comentó distraída mirando un pequeño ramillete de violetas.

— ¿Cuál es su flor favorita?

—No tengo ni idea. —le miró a los ojos que eran de un increíble color azul. Llevaba lentillas, era gay — ¿Alguna sugerencia?

—Oh cariño, tengo miles. — se volvió hacia los jarrones de cristal llenos de flores que tenía metidos en un expositor refrigerado — Las rosas son tan típicas en estos casos. No, tiene que ser algo especial. Gladiolos.

— ¿Esas no son para los funerales?

—Qué va. Los que te vendo son un híbrido con colvillei. — a ella le sonaba a chino —Mira, estos blancos enormes son magníficos.

Eran bonitos. Sus grandes pétalos blancos que se curvaban hacia abajo eran delicados y con clase. Perfectos para Valeria.

— ¿Son muy caros?
— Te haré precio y te saldrán más baratos que las rosas.
— Muy bien. Hora de demostrar lo que vales.
— Eso es todo un reto.

Cogió todo el jarrón y lo puso sobre la mesa de trabajo. En menos de cinco minutos había hecho un enorme ramo envuelto con un precioso celofán y un gran lazo de seda rojo. Era perfecto.

— Eres un artista.
— Gracias. —dijo cogiendo la tarjeta de crédito que le tendía.
— Te recomendaré por ahí.

Él sonrió divertido — Te iba a hacer descuento igual.
— Ahora te recomendaré más.

El florista se echó a reír y cuando le entregó el recibo, lo firmó pensando que ese mes tendría que hacer algún ajuste por los setenta pavos que se acababa de gastar. Pero si le gustaba, merecería la pena.

Cogió el ramo de flores que casi la cubría y se lo colocó en el costado— Hasta la próxima...

— Alan.
— Symone. — le tendió la mano— Hasta la próxima, Alan.

Él se la estrechó divertido y la acompañó hasta la puerta. Cuando se la abrió para que saliera, la sorprendió tendiéndole una rosa azul. Symone abrió los ojos como platos— ¡Es azul!

— Preciosa y fuera de lo normal. Como tú.
— ¿Es de verdad? — tocó los pétalos suavemente y sí que era de verdad. Le miró a los ojos— Gracias es muy bonita.
— Ya me contarás si le ha gustado.

Symone sonriendo casi se choca con un hombre que entraba y que le dio un beso a Alan en los labios.

— Claro que te lo contaré. Adiós Alan.

Cuando llegó a la tercera planta del Lenox, salió del ascensor y buscó la habitación trescientos dieciséis. La puerta estaba cerrada, así que llamó. Cuando se abrió la puerta y vio frente a ella a su Richard sonrió radiante— ¡Hola!

— Dios, ¿qué haces aquí? — preguntó exasperado.
— He venido a ver a tu madre.

Richard la miró atónito y ella se lo comió con los ojos. Iba con un traje gris que resaltaba el color de sus ojos y la camisa blanca con la corbata azul le sentaban de miedo.

— ¿Quién es, hijo?
— Tu cartera.

Symone le puso una mano en el pecho para empujarlo y que la dejara pasar. La mujer rubia que había visto en las fotos estaba sentada en la cama algo despeinada y con cara de cansancio. Symone se quedó de piedra al ver la habitación repleta de flores y algunos ramos eran impresionantes.

— Hola, no sé si se acuerda de mí, pero soy la sobrina de Patt— la miró a los ojos mientras se acercaba a la cama y Valeria sonrió sonrojándose — ¿La recuerda?
— Sí, por supuesto.

— ¿La sobrina de Patt? ¿Qué Patt? — Richard se cruzó de brazos mirándola como si fuera un peligro.
— Va, tú no la conoces. — se volvió hacia Richard y le sonriéndole le tendió las flores — Para ti.

— ¿Para mí?
— Sí, ella y a tiene muchas.

Valeria se echó a reír— Eso es cierto. — a miró a los ojos— Así que eres la sobrina de Patt. ¿Cómo se encuentra?

— Se asustó un poco al enterarse de que estabas en el hospital, pero ahora está mucho mejor. Está deseando que le hagas una llamadita para tranquilizarse.
— Llama a esa amiga tuya, mamá. — dijo Richard mirando el enorme ramo de gladiolos — Si está preocupada...

Valeria la miró a los ojos emocionada— No tengo aquí el móvil y no sé me el número.

— Tranquila. — ella sacó el teléfono que tenía preparado y buscó al padre de Richard en la agenda. Ahora tenía que entretener a Richard para que no escuchara la conversación y lo haría encantada. Pulsó el botón verde tendiéndole el teléfono y se giró hacia Richard, que miraba a su alrededor sin saber qué hacer con el ramo.

— ¿Cómo estás, guapo? — él la miró como si quisiera salir corriendo— ¿Me has echado de menos, cielito?

— ¿Cielito?
— ¿Te gusta más cariñito? — dio un paso hacia él y Richard dio un paso atrás con el ramo en la mano — ¿Te gustan mis flores? Son gladiolos.
— ¿Esto no se usa en los funerales?

Ella se echó a reír porque había preguntado lo mismo que ella— Pues no. Pero en las bodas sí. ¿Te has pensado mi proposición?

Richard buscando una salida miró a su madre, que hablaba con Patt sonriendo radiante.

— Te aseguro que soy un buen partido. — dijo llamando su atención. La fulminó con sus preciosos ojos grises rodeados por unas pestañas oscuras y muy largas. Symone suspiró sin poder evitarlo— Sé cocinar muy bien.

— Tengo asistenta.
— Y hago unos masajes estupendos. Soy fisioterapeuta, ¿sabes?

— ¿No eras cartera?
— La crisis económica. — dio otro paso hacia él.

— Tengo un masajista increíble.
— Pero no serían como los míos. — Richard puso los ojos en blanco e impaciente volvió a mirar a su madre — ¿Qué tal si vamos a comernos una hamburguesa?

— Tengo una cena de negocios. — dijo mirando su reloj de pulsera — Y creo que tengo que irme.

— ¡No fastidies! ¡Lo estoy haciendo yo todo! — puso las manos en las caderas mirándole con el ceño fruncido— ¿Lo de la cena es cierto o es una manera de decirme que no quieres nada conmigo?

— Lo primero y lo segundo.

Le miró decepcionada— No te gusto.

En sus ojos leyó que creía que estaba chiflada y Symone se echó a reír— Vamos, dímelo. Si no te gusto, no hay nada que hacer.

— ¿Siempre haces esto con los tíos? — preguntó interesado.

— ¡Ja! ¡No has dicho que no! — le señaló con el dedo— Vamos cariñito, si quieres vamos al cine.

— Me gusta llevar a mí la iniciativa. — dijo molesto.

— ¿Es eso? Pero si hubiera sido por ti, hubieras cogido la carta sin preguntarme nada...

— Sigo sin preguntarte nada. ¿Eso no te dice algo? — dejó el ramo sobre el alféizar de la ventana. Con lo grande que era se cayó al suelo. Symone entrecerró los ojos.

— Ese ramo me ha costado una pasta. Lo menos que podías hacer, es meterlo en un jarrón y aparentar que te gusta.

—No era para mí.

— ¡Te lo he regalado y o! ¡Si tú me regalaras algo, lo cuidaría!

Richard se agachó a cogerlo enfadado— No quiero que me regales nada. — le puso el ramo en el pecho soltándolo y ella lo agarró antes de que cayera al suelo —De hecho, no quiero saber nada de ti. No me interesas. ¿Lo entiendes?

— ¡Richard! — exclamó su madre mirándolo asombrada— ¿Y tus modales? —su hijo se sonrojó por la regañina —¡Discúlpate ahora mismo!

—Mamá, si me disculpas, no me libraré de ella. —exasperado se acercó a su madre y la besó en la mejilla— Me tengo que ir.

Symone se colocó ante la puerta y sonrió —Vale, puede que haya ido demasiado deprisa, pero estoy segura que te volverás loco por mí. —Richard no salía de su asombro — Eres mi media naranja y no me voy a dar por vencida fácilmente. ¿Ahora me das un besito de despedida?

Richard se volvió hacia su madre— ¿Ves lo que quería decir?

Valeria soltó una risita— Dale el besito para que te deje salir.

— ¡Ni hablar! No pienso dejar que me chantajee. —Symone puso morritos y cerró los ojos esperando su beso. Richard gruñó— Esto es increíble.

—Me van a doler los mofletes. — dijo sin apenas mover los labios.

— ¿No tenías prisa? — preguntó Valeria divertida.

—¿Sabes lo que es el acoso?

Symone no se movió de su sitio. Esperaría lo que hiciera falta. Cuando se abrió la puerta empujándola hacia delante, Richard se escabulló antes de darse cuenta. La enfermera que llevaba una bandeja en la mano les miró asombrada.

— ¡Ya te pillaré!

— ¡Qué más quisieras!

Bufó mirando a Valeria que sonreía con su teléfono en la mano— ¿Qué tal todo con Patt?

—Fantástico. ¿Qué tal todo con Richard?

—Se resiste, pero todavía no he utilizado todas mis artimañas.

—Estoy impaciente por enterarme de ellas.

Sonriendo se acercó a la cama— ¿Cómo te encuentras? Patt está algo nervioso.

—Me duele un poco, pero no se lo digas. —la miró a los ojos— ¿Cómo os habéis conocido?

—Soy su cartera. —Valeria abrió la boca entendiendo— Faltó tu carta.

Se pasaron hablando una hora de cómo había logrado enterarse de dónde estaba y charlando de todo un poco.

— ¿Cómo puedes vivir así? — preguntó sentada a su lado sin recriminarla.

—No lo sé. — susurró con la mirada perdida— Todo empezó sin buscarlo y era tan inevitable...A veces me pregunto cómo sería mi vida sino hubiera entrado en ese cine hace treinta y dos años.

— ¿Y el verdadero amor?

— ¿Qué clase de amor es este? Richard no conoce a su hijo y he mentado a todo el mundo. — sus ojos se llenaban de lágrimas— Me da tanto miedo hacerles daño. Que me odien por lo que hice...

No sabía qué decir a eso. Ella no tenía hijos, pero suponía que el amor a un hijo era superior a todo lo que se puede sentir.

—Bueno, espero que lo arregléis. —dijo levantándose de su silla—Ahora tengo que irme.

—Gracias por venir y por todo lo demás.

—No me lo agradezca. He conocido a su hijo. — le guiñó un ojo mientras ella se reía — Por cierto, ¿dónde trabaja?

—En el edificio Thorton de Beekman Street.

— ¡No! — exclamó asombrada. ¡Tenía su propio edificio!

—Sí. Le encontrarás en la última planta, querida.

Symone hizo una mueca— Algo se me ocurrirá.

—Seguro que sí. — sonrió divertida— No tengo ninguna duda.

Capítulo 3

El sábado quedó con Tavie para comer y se lo contó todo. Podía confiar a ella porque no los conocía de nada.

— ¿Tú qué opinas?

Su amiga mordió su enorme hamburguesa y masticó pensando en ello— Así que te has enamorado.

—Tenías que verle, Tavie. Es...

—Estás fatal.

Symone se echó a reír— Pues sí, desde que le he visto estoy que no me reconozco. Nunca le había hablado así a un tío, pero con él no puedo evitarlo. Casi sin darme cuenta, suelto lo primero que me pasa por la cabeza.

— ¡Le has pedido matrimonio! ¿No le conoces de nada y si es idiota?

— ¡No es idiota! Lo que pasa es que no se ha dado cuenta de que...

— ¿De qué? ¿De que estás loca? Creo que de eso sí se ha dado cuenta.

—Muy graciosa. ¿No eras tú la que decías que en el amor y la guerra todo vale?

—No quiere salir contigo. No quiere ni verte, Symone.

—Se le pasará. — la miró indignada— ¿Por qué no me apoyas?

— ¿Por ser tu amiga, tengo que darte la razón en todo?

—No, pero podías ser más comprensiva.

—Te entiendo, de verdad. ¿Cuántas veces he conocido a un tío que me encantaba y por vergüenza no le he dicho nada? — se metió una patata frita en la boca—

Pero lo tuyo ya es pasarse.

Symone no pudo evitar sonreír— Es que cuando algo le confunde, se pone tan mono...

Tavie puso los ojos en blanco— Si quieres lograr algo con él y que no te vea como a una chiflada, tienes que tener un plan.

—Un plan. — dijo mirándola fijamente.

—Sí. Traza una estrategia, como cuando hice que me echaras del apartamento.

—Tú no me dijiste que tramabas, mientras que yo ya le he dicho claramente lo que quería.

Tavie hizo una mueca—Tienes razón, y no puedes hacer una estrategia porque te has descubierto.

—He pensado pedirle a mi supervisora que me cambie de ruta.

Los ojos de Tavie brillaron comiendo su hamburguesa— Ya me imagino a donde. —dijo con la boca llena.

—Sí. — suspiró sonriendo como una boba.

— ¿No seréis como los amantes de Teruel? ¿Tonta ella y tonta él?

— ¿De dónde has sacado esa frase? — preguntó antes de echarse a reír.

—No sé donde la he oído. A mi madre, creo. Céntrate. ¿Qué piensas hacer con sus padres?

— ¡Nada! No es problema mío.

—Y si en el futuro, por un milagro resulta que sí tienes algo con él y le estás ocultando algo así, ¿no crees que se sentirá dolido al enterarse de que lo sabías?

Sus ojos fijos en su amiga se entrecerraron porque tenía razón. No podía tener algo con Richard, saber algo así y no decírselo a él. Sería como si le engañara desde el principio y ella no quería ser como sus padres. Se mordió el labio inferior.

— Mira, lo mejor es que salgas cagando leches de ese lío porque va a acabar mal.

— ¿Tú crees?

—Cuando ese tipo se entere de que le llevan engañando toda la vida, va a arder Troya. Y cuando se entere de que tú lo sabías, te odiará por ocultárselo. Como tú se lo digas al macizo, sus padres te odiarán por descubrir su secreto. Así que estás jodida. Te odiará alguien hagas lo que hagas.

Symone bufó y pensando en ello se metió una patata en la boca sin ganas.

—La verdad es que estás sembrada. Para una vez que te cuelgas de un tío, tiene que haber cuernos y paternidad falsa por el medio. No, Symone no podía escoger uno normalito.

— ¡Pues no! Yo quiero a mi Richard y él me quiere a mí, pero no lo sabe.

—Pues procura que se enamore de ti locamente antes de enterarse de quién es su papáito. Porque sino te dará puerta, con un magnífico corte de manga.

Los ojos de Symone brillaron. Esa era la solución, que se enamorara de ella para que después la perdonara. Estaría dolido, pero ya no podría vivir sin ella, como les había pasado a sus padres.

Más tranquila siguió comiendo su hamburguesa. Ahora sólo tenía que hablar con su supervisora.

Cuando llegó el lunes al trabajo la señora Liles estaba enferma— Menuda suerte. — dijo entre dientes tirando de su carrito, pero cuando salía se encontró con Jimmy en la puerta.

—Hola, Symone.

— ¡Jimmy! A ti quería verte.

El hombre de color que estaba a punto de jubilarse la miró levantando una ceja— ¿Qué puedo hacer por ti?

—Mi ruta es más fácil que la tuya.

—Debes estar de broma. — dijo divertido tirando de su carrito— A tres meses para jubilarme no pienso empezar de cero.

Ella corrió tras él con su carrito — Vale, lo entiendo, pero necesito el edificio Thorton.

Su compañero se detuvo en seco— ¿El edificio Thorton?

Symone junto sus manos suplicándole— Por favor, es de vida o muerte.

—No será para tanto.

— ¡De verdad! Pideme lo que quieras y lo haré encantada. —Jimmy la miró con malicia y Symone supo lo que le iba a pedir— Muy bien, negociemos. Dos calles.

—Cinco.

—Tres y es mi última oferta.

Jimmy estiró la mano y Symone gruñendo se la estrechó— Serás mercenario.

Jimmy le hizo un gesto con la cabeza y entraron en un callejón. Le entregó la correspondencia de la calle Fulton Street, Ann Street y Beekman Street — Mañana aquí a la misma hora. — dijo él sonriendo de oreja a oreja.

—Gracias. — le besó en la mejilla y salió del callejón tirando de su carrito. Tendría mucho trabajo, pero lo conseguiría.

Decidió hacer su ruta primero y la hizo a toda máquina. Subía las escaleras de la casa de Patt cuando le vio hablando con Jack.

— Buenos días. — dijo llevándole las cartas al portero.

— Symone, ¿podemos hablar?

— Claro, Richard. — respondió esperando que no le llevara mucho tiempo. Salieron fuera del edificio y ella cogió su carrito. — Dime.

— ¿Me puedes hacer un favor?

— Por mi suegro lo que sea.

Richard se echó a reír— ¿No te rindes? Valeria dice que se te resiste un poco.

— ¿Hablas con Valeria?

— Ahora soy Patt, su amiga del alma.

— Lo siento, es lo único que se me ocurrió.

— No, no te disculpes. Podíamos haberlo pensado nosotros hace años.

— Pues la verdad es que sí. Supongo que os acostumbrasteis a esa vida.

— Sí, uno se hace a todo. — la miró sonriendo— Me preguntaba si podrías ir al hospital esta tarde y vigilar a que no venga nadie.

— ¿Quieres verla?

— Sí y tengo miedo que Jessica o Richard nos cojan.

— Lo entiendo, pero... — miró a su alrededor buscando una salida.

— Estás ocupada. Lo siento, ya has hecho mucho por nosotros y...

— No es eso. Es que no me parece bien engañar a Richard. — sonrió con tristeza— Pensarás que es una tontería, pero si tengo la más mínima posibilidad de que tengamos un futuro, engañarle no me parece que sea una buena manera de empezar.

— Lo entiendo. — la decepción en sus ojos le hizo sentirse fatal — De todas maneras, gracias.

Se estaba volviendo cuando ella dijo— ¡Espera! — Richard se volvió sonriendo con tristeza— Iré.

— No quiero que hagas algo a lo que te sientas obligada.

— No pasa nada. Iré.

— ¿A las cinco?

— Mejor a las cuatro.

— Perfecto. Te veo a la puerta del hospital.

Ella le guiñó un ojo — Hasta la tarde.

Tuvo que correr para realizar sus repartos a tiempo y cuando llegó ante el edificio Thorton, que era el que había dejado para el final, estaba hecha un asco. Dejó las cartas en recepción y una chica muy mona levantó una de sus finas cejas maquilladas de marrón— Llegas tarde. ¿Sabes que hora es?

— Las dos. ¿Algún problema? — la chica se sonrojó— Han llegado en el día. Cuando las deje no es tu problema, petarda.

— Vaya, vaya. ¿Te ocupas de repartir todas las cartas de Nueva York?

Symone sonrió radiante antes de girarse — Hola, cielito. Ese traje azul te queda de miedo. — le echó un ojo de arriba abajo mientras Richard la miraba sin poder creérselo.

La cogió del brazo apartándola de la recepción— ¿Se puede saber qué haces aquí?

— Repartir el correo.

— ¿En esta zona?

— Ahora eres mío. — le guiñó un ojo.

— ¡Deja de hacer eso!

— ¡Oye, a mí no me hables en ese tono! — Richard la miró asombrado— ¿Ahora hacemos las paces? — puso morritos para que le diera un beso.

— Eres increíble. — dijo entre dientes.

— ¿Eso es que no? — sonrió e intentó evitarlo mordiéndose el labio inferior. Richard le miró los labios y su corazón saltó — Vamos, lo estás deseando.

— Desaparece, Symone. Este es mi trabajo. Ahora sal de aquí y no vuelvas.

— Pues lo siento, pero ahora esta es mi ruta.

— ¿Hasta cuándo?

— Hasta que te des cuenta de que estás loco por mí.

— ¿Estás chiflada?

Symone chasqueó la lengua— Mira, podrías sentirte halagado y ceder un poco. Tengo los pies destrozados de caminar por todo Manhattan.

— ¡Pues hazte uno de esos masajes tan buenos que das, pero a mí déjame en paz!

— Lo de los masajes se te quedó grabado, ¿eh? — susurró sensualmente. Richard se giró decidiendo ignorarla— ¡Espera, Richard! — se volvió lentamente— ¿Te apetece que te haga una cenita en mi casa? — Apretó los labios furioso y se acercó a ella otra vez— Puedo hacerte lasaña. Me sale muy bien.

— Tengo una cita.

— ¿Una cita? — preguntó casi gritando mirando sus ojos grises— ¿Con quién?

— Ese no es tu problema.

— ¡Dijiste que no tenías novia! — jadeó asombrada— ¿Le has pedido una cita a alguna lagarta después de conocerme?

— ¡Esto ya no tiene gracia! — siseó furioso— ¡Ahora quiero que te vayas!

Symone le miró a los ojos sin saber qué decir. No pudo evitar sentirse muy decepcionada. Esperaba que él hubiera sentido lo mismo que ella en algún momento, pero al parecer no era así. Sin decirle nada cogió el carrito y fue hacia la puerta lentamente. Al pasar por la puerta giratoria vio a través del cristal que la estaba observando, seguramente asegurándose de que salía del edificio.

Deprimida, cuando llegó a casa mucho más tarde que de costumbre, comió un sándwich a toda prisa sin ninguna gana y se cambió lo más rápidamente que pudo después de darse una ducha rápida. Se puso unos leggings grises y un jersey largo azul eléctrico. Se puso las botas por el tobillo y sin maquillarse siquiera porque estaba agotada, cogió su bolso de piel negro y se lo puso cruzado sobre el pecho. Al ver la hora, salió corriendo de su apartamento. Llegó cinco minutos tarde y cuando vio a Patt sonrió pidiéndole disculpas— Lo siento. Lo siento de verdad.

— No pasa nada. — dijo con un ramo de rosas blancas en la mano.

— ¿Estás listo? ¿La has llamado?

— Sí, está sola.

— Vale, pues te espero aquí y te llamo al móvil si veo a Jessica o a Richard.

— Gracias, eres un ángel. No será mucho tiempo.

— No tengas prisa.

Patt entró en el hospital sonriendo de oreja a oreja y Symone buscó donde sentarse, pero no había ningún sitio donde hacerlo, a no ser que se sentara en el suelo. Paseó por la entrada mirando fijamente a todas las rubias que veía pasar para que Jessica no se le escapara, porque si aparecía Richard le reconocería al instante.

Después de hora y media estaba aburrida como una ostra. Estaba mirando a una pareja que salía con su hijo en brazos cuando alguien se le puso delante y sonriendo se volvió para ver a su Richard ante ella. Llevaba el mismo traje azul y la miraba con los ojos entrecerrados.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿No puedo estar aquí tampoco? ¿Acaso este no es un país libre?

— ¿Me estás siguiendo?

— ¡Yo llegue primero, guapo!

La miró molesto— ¿Has visto a mi madre?

—No, no la he visto. — sacó su móvil enfadada y evitando que mirara la pantalla le envió un mensaje a Patt. Cuando volvió a guardar el móvil él la miraba con el ceño fruncido— ¡No estoy siguiéndote!

— ¿A quién has venido a ver? —se cruzó de brazos mirando a su alrededor ignorándole— ¿Symone?

—No quieres saber nada de mí, así que no tengo que decirte nada.

Mierda, Patt iba a bajar y se encontraría con Richard. Miró de reojo la puerta —¿Por qué no me quieres decir a quién has venido a ver?

— ¿Ahora te interesa hablar conmigo?

—No me interesa hablar contigo. ¡Me interesa saber a quién has venido a ver!

—Pues a nadie. —respondió incómoda.

Richard entrecerró los ojos— ¿Has venido a alguna consulta o algo?

—No es tu problema. —nerviosa se movió alejándose de la puerta y sacó su móvil escribiendo un mensaje. Sólo puso cuidado.

— ¿A quién escribes? — la sobresaltó tenerlo tras ella y escondió el móvil a toda prisa.

—Oye, ¿no te ibas a ver a tu madre?

—Sí, claro.

Al ver tras él a Patt salir del hospital, abrió los ojos como platos y miró a Richard. Antes de que pudiera reaccionar, se tiró sobre él abrazándolo por el cuello y le dio un beso en los labios con intención de distraerle, pero la que se distrajo fue ella al sentir sus labios bajo los suyos. Sin darse cuenta de lo que hacía se los acarició lentamente disfrutando de su contacto. El olor de su piel la volvió loca y gimió contra sus labios justo antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y separarse de golpe apoyándose en sus hombros. Richard la miró sorprendido y ella echó un vistazo tras él para ver que Patt ya no estaba— Me tengo que ir.

— ¿Qué?

—Adiós. — prácticamente salió corriendo y se metió en la primera boca de metro que encontró. Por los pelos no les había pillado.

Cuando entró en el vagón se sentó en uno de los asientos de plástico y sin poder evitarlo sonrió al recordar su beso. No la había rechazado. Ella le había besado y lo la había rechazado. Eso significaba algo, ¿no?

A la mañana siguiente, después del intercambio con Jimmy, inició su ruta. Como siguiera repartiendo el correo de esa manera, se iba a quedar en los huesos. Cuando llegó al edificio de Patt gimió interiormente al verle en la escalera. Parecía un adolescente y no pudo evitar sonreír.

— ¡Symone! — exclamó en cuanto la vio.

—Hola, Richard. ¿Cómo te va?

—Muy bien.

—Sabes mi número, no tienes que esperarme en el portal. Puedes llamarme cuando quieras. — abrió el carrito y sacó las cartas del edificio para no perder el tiempo. Como Richard no decía nada, ella levantó la vista con los sobres en la mano. Parecía que se estaba guardando algo y Symone puso la mano en la cadera— ¿Qué pasa, suegro?

—Me preguntaba...

—Suéltalo, tengo que ir a agobiar a tu hijo.

Richard sonrió— ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—Vale. Quieres ir a ver a Julieta, pero ayer casi nos pillan, ¿sabes? Tuve que darle un morreo para distraerlo.

— ¿Y eso fue un sacrificio?

La verdad es que no, pero no quería estar en la puerta del hospital todos los días— ¿Cuándo le dan el alta?

—Creen que el lunes que viene. Tiene el drenaje y...

—Vale, hasta el viernes te ayudaré, pero después...

— ¡Eres la mejor! — la abrazó entusiasmado y ella se echó a reír.

—Pero a cambio...

—Valeria ya le tiene loco con todas las cosas maravillosas que le dice de ti.

—Seguro que está encantado. —le dio las cartas —Dale esto a Jack, ¿quieres? Tengo prisa.

— ¡Hasta las cuatro!

Ella le lanzó un beso con la mano y le hizo reír.

Al llegar al edificio Thorton entró con una sonrisa de oreja a oreja y la de recepción puso los ojos en blanco cuando dejó toda la correspondencia sobre el mostrador y la verdad es que era bastante.

— ¿Sabes qué hora es?

—Las dos y media. No me des la paliza que tengo que ir a ver al jefe.

La chica la miró asombrada— Ni hablar. ¿Tienes cita?

—No necesito cita. — levantó su talonario—Tengo una certificada. Eso es casi como una invitación que dice ven cuando quieras, nena. ¿Tienes envidia?

—Para el caso que te va a hacer. — dijo molesta cogiendo un montón de cartas y tirándolas sobre un carrito metálico.

—Eso ya lo veremos.

Fue hasta el ascensor con varios tíos trajeados. Se quitó la goma del pelo y se atusó sus rizos. Se mordió el labio inferior varias veces y se pasó la lengua por él. El que tenía al lado la miró concentrado— Tienes un moco en la nariz.

Ella jadeó y se miró al espejo para comprobar que no tenía nada cuando sonó el clic del ascensor — Muy gracioso. —siseó, pero cuando le miró ya no estaba. En esa empresa todos eran de lo más agradables.

Salió al llegar al último piso y miró a su alrededor. Había un gran hall con sofás de cuero negros y dos mesas de cristal con dos chicas rubias tras ellas hablado por sus auriculares mientras escribían en sus teclados. Vio un pasillo que tenía mármol negro en el suelo y camino por él. Una de las chicas se levantó tapando el micro que tenía ante la boca— ¡Eh! ¿A dónde vas?

— ¡A ver a mi cariñito!

Cuando encontró una puerta que ponía presidencia, sonrió abriéndola antes de que la chica se quitara los cascos siquiera. Al ver que el enorme despacho estaba vacío hizo una mueca y miró tras ella a la chica que se le acercaba corriendo— ¿Dónde está Richard?

— ¡Está en una reunión! Y no puedes entrar aquí como si fueras la dueña. ¡Llamaré a seguridad!

—Tengo una certificada. ¿Cuándo volverá?

— ¡La recogeré yo!

—No, no. Yo las doy en persona. ¿Cuándo vuelve?

La mujer apretó los labios pintados de rojo intenso y Symone se dio cuenta que era muy guapa. Demasiado.

— ¡Te he dicho que la recogeré yo! ¡El señor Thorton está muy ocupado!

Escucharon a varios hombres hablar. Estaban saliendo de una de las puertas del fondo y Symone sonrió al verle en mangas de camisa hablando con un hombre mayor con pinta de abogado. Miró distraído hacia allí e interrumpió la conversación atónito.

—Aquí está.

La que debía ser su secretaria la cogió por el brazo— ¡Yo te firmaré el recibo!

—De eso nada. Me lo firmará él. — se apartó y le gritó a Richard que estaba atravesando el hall mirándola como si quisiera matarla— ¡Hola, cielo! ¡Te traigo una carta!

—Ya me encargo yo, Meredith. — la cogió por el brazo y la metió en el despacho a toda prisa, tropezando con el carrito que estaba ante la puerta. Furioso cogió el carrito y lo tiró al pasillo antes de cerrar de un portazo y mirarla.

—Eso es propiedad del servicio de correos.

— ¡Me importa una mierda!

Sonriendo le miró a los ojos— Eres un rebelde ¿Cómo va el día?

— ¡Muy bien hasta que te he visto!

— ¿Has hecho mucho dinerito? Me alegro. —miró el reloj— Tengo media hora para comer.

— ¡Ya he comido!

Ella hizo pucheros— Vaya, podrías esperarme.

Richard exasperado dio dos pasos hacia ella— Symone...

— ¿Sí, cielo?

— ¿Esto lo haces mucho?

— ¿A qué te refieres?

— ¡A acosar a los hombres enviándoles cartas!

—Es mi trabajo.

— ¡Esta mañana te he visto abrazando a un tipo en la cincuenta y ocho!

Symone levantó una ceja— ¿Le viste bien?

— ¡Estabais demasiado acaramelados para verle la cara! —le gritó en la cara.

— ¡Es mayor! No es como tú.

— ¿Que no es como yo? —Richard muy cabreado extendió la mano — La carta.

—Vamos, cielo. No salgo con nadie, de verdad. ¿No estarás celoso? — Symone reprimía la risa y eso lo puso aún más furioso.

— ¿Por una cartera de lengua larga y tan poco atractivo?

Ella levantó la barbilla — ¡Oye, ya te dije que no me hables en ese tono! No tengo la culpa que te imagines cosas.

— ¿Que me imagino cosas? Me sigues, cambias la ruta de reparto para verme, me esperas en la puerta del hospital y ahora me entero de que no lo haces sólo conmigo. ¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Eso dice Tavie, pero yo le he explicado...

— ¿Quién coño es Tavie?

— ¿Te das cuenta que ya te interesa más mi vida? Eso es un avance en nuestra relación. — dijo encantada.

— ¿Qué relación?

— Cariño, estás muy tenso. ¿Quieres un masaje en los hombros?

— ¡Largo!

— Espera, la carta. — le entregó la máquina para que firmara y él lo hizo a toda prisa. Le dio la carta que tenía en la mano, pero no la soltó— Cielo, no te enfades conmigo. ¿Me das un besito de despedida?

Richard entrecerró los ojos y la cogió por la cintura sorprendiéndola para empujarla contra la pared pegándose a ella. Symone jadeó al sentir todo su cuerpo pegado al suyo y le miró a los ojos con la respiración alterada. Richard movió la cadera contra ella cortándole el aliento al sentir su excitación y sintiendo que su sangre corría alocada por sus venas, se pasó la lengua por su labio inferior. Él al ver ese gesto, gimió antes de atrapar sus labios besándola como un poseso. Casi chillaba de la alegría cuando su lengua entró en su boca y cuando metió sus dedos entre sus rizos castaños moviendo su cabeza para profundizar el beso, como si quisiera poseerla. La excitación que la recorrió de arriba abajo, la hizo gemir teniendo que sujetarse en sus antebrazos, pero en cuanto le tocó, Richard se separó de ella de repente —Ahora puedes irte.

Atontada se le quedó mirando con la respiración agitada y Richard entrecerró los ojos —Te he dicho que te vayas.

Se apartó de la pared con las piernas temblorosas y se acercó a él. Antes de que se diera cuenta se había tirado a él y Richard para no caer tuvo que sujetarla por el trasero.

— ¿Quieres cenar conmigo? — dijo abrazando su cuello y dándole un suave beso en los labios.

—Tengo una cena de negocios. — susurró a unos centímetros de su boca.

— ¿Y el postre? — le acarició el labio inferior con la lengua haciéndolo gemir antes de besarla con pasión apretando su trasero. Ella se sintió tan bien a su lado, que le respondió sin ningún pudor, demostrándole todo lo que le importaba. Separaron sus bocas lentamente y Symone suspiró.

—Tienes que irte. — susurró mirándola a los ojos.

—Sí, además he quedado porque sino no te librabas.

Richard se echó a reír y la dejó en el suelo lentamente — Y yo tengo que trabajar.

Sin ninguna gana recogió la máquina del suelo y fue hasta la puerta mirándole— Hasta mañana, cielo.

Richard metió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió ligeramente sin responder. Cuando salió del despacho cogió el carrito sonriendo como una tonta con unas ganas terribles de bailar. Aquello iba muy bien. Pero que muy bien.

Capítulo 4

Ante el hospital vestida con un abrigo beige encima de un jersey del mismo color y unos vaqueros azules escuchaba su mp3 tarareando una canción de Cher que había escuchado mil veces. Tenía que cambiar las canciones. Cuando llevaba una hora allí, vio llegar un taxi con un hombre y una mujer. Sacó el móvil a toda prisa enviando el mensaje que ya tenía preparado. Richard mirándola con el ceño fruncido, cerró la puerta del taxi, pero ella se estaba fijando en Jessica que hablaba con él sin darse cuenta que no le hacía caso.

—Nena, ¿qué haces aquí?

Su hermana miró en su dirección — ¿Es tu novia?

Symone se sonrojó sin saber por qué —No, pero no tardaré mucho. —extendió la mano— Soy Symone.

—Yo soy Jessica, su hermana.

—No has contestado la pregunta. — Richard estaba molesto y la miraba desconfiado.

—He venido a ver a un amigo.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué habitación está?

—No está en ninguna habitación.

—Tienes que dejar de hacer esto, ¿me oyes? — miró a su hermana que estaba muy intrigada por su conversación— Subo ahora.

—Te puedes quedar si quieres.

—Ah, entonces me quedo. Quiero enterarme de esto.

— ¡Jessi, déjanos solos!

Su hermana suspiró y miró a Symone con sus preciosos ojos azules— Un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Ambos vieron como su hermana entraba en el hospital — ¿Has venido a verme?

—No, ya te he dicho que he venido con un amigo.

—No me has dicho eso. Has dicho que has venido a ver a un amigo. —Symone se sonrojó— ¡Symone!

—Vale. He venido con un amigo, a ver a un amigo.

— ¿Y dónde está ese amigo?

— En el baño. Le estoy esperando. — le sonrió encantada de verlo— ¿Me das un besito?

—Déjate de besitos. — molesto se pasó la mano por su pelo negro y en ese preciso momento Patt salió del hospital. Richard se le quedó mirando con el ceño fruncido— ¡Ese es el tío con el que te abrazabas por la mañana!

Mierda. Se volvió hacia Richard, que se había detenido sin saber qué hacer al ver que le miraban— Ven, que te presento. — dijo ella intentando escurrir el bulto mientras Patt se sonrojaba — Richard, él es mi amigo... — abrió los ojos como platos porque no podía decir que se llamaba Richard también y su padre la ayudó.

—Rick Patterson.

Suspiró de alivio cuando les vio darse la mano. Richard preguntó con desconfianza —Así que es amigo de Symone. ¿Cómo la conoció?

—Es mi cartera. — Patt sonrió mirándola con cariño— La mejor que he tenido nunca.

Symone sonrió encantada, pero al mirar a Richard perdió algo la sonrisa porque los miraba a ambos como si quisiera matarlos —Estoy seguro de ello. — dijo molesto — ¿A usted también le persigue?

Ella jadeó indignada— ¡Claro que no! Eso sólo te lo hago a ti.

—Permíteme que lo dude.

Patt se echó a reír. Dios, eran iguales. Era increíble que Richard no se hubiera dado cuenta.

—Cariño, sólo tú tienes ese privilegio. — Patt se partía de la risa mientras miraba a Richard fijamente.

—Es única, no deberías dejar que se te escapara.

Le miró como si estuviera loco y Symone le golpeó en el hombro— ¡Eh!

—Tengo que irme o llegaré tarde a la cena. — se apartó de ellos, pero Symone carraspeó. Richard se giró lentamente— ¿No se te olvida algo?

—Sí, claro. — se acercó a Patt y le tendió la mano— Encantado de conocerte.

—Y yo. No sabes cuánto.

Symone miró a Patt entendiendo lo que debía estar sintiendo. Era la primera vez que hablaba con su hijo ya de adulto y debía ser muy emocionante para él. Sin darse cuenta de lo que hacía, le cogió del brazo para apoyarle. Richard que no perdía detalle, la cogió de la cintura apartándola y dándole un beso en los morros que la dejó temblando. Cuando se apartó, se volvió sin decir nada, alejándose mientras los dos le observaban. Patt se echó a reír a carcajadas— Cuando se lo cuente a Valeria. ¡Está celoso de mí!

—Que va. —respondió sonrojándose.

—Claro que sí. — la cogió del brazo y levantó la mano llamando a un taxi— Te llevo a casa. Estarás agotada de tanto caminar.

— ¿Crees que está celoso?

—Como me llamo Richard.

—Te llamas Rick, recuérdalo. O Patt. Depende de quién pregunte.

Richard se echó a reír— Nunca había sido tan feliz. — la miró a los ojos —Y es gracias a ti.

—Yo no he hecho nada.

—Has hecho tanto en estos días.... No sabes cuánto.

—Dime.

Se metieron en un taxi y ella dio su dirección en Little Italy. Se volvió para mirarle — Cuenta, ¿a qué esperas?

—Valeria está pensando muy seriamente contárselo a los chicos. Dice que ella también tiene derecho a ser feliz.

— ¡Eso es fantástico! — entonces se dio cuenta de que Richard se enteraría de que ella estaba implicada y no la perdonaría porque todavía no la amaba — ¿Cuándo lo va a hacer?

—Todavía se está dando valor y no va a hacerlo en el hospital. Esperara a tener intimidad en su casa.

—Estarás muy nervioso.

—Cuando pensaba en un encuentro con mi hijo me temblaban las piernas, pero cuando le he visto hace unos minutos ha sido casi fluido.

—No sabe quién eres.

— ¡No se ha dado cuenta del parecido! Eso me ha asombrado, porque siempre pensamos que era un problema. —el teléfono de Patt sonó en ese momento e hizo

una mueca al ver que era Valeria. Descolgó a toda prisa— ¿Sí?

Preocupada le observó hablar por teléfono. Parecía relajado y cuando se echó a reír, suspiró de alivio. A ella le venía fatal que se lo dijeran a Richard ahora, pero no podía hacer nada. Si el destino decía que debían sincerarse en ese momento, pues tendría que aceptarlo. Era su vida y ya habían retrasado su confesión demasiado tiempo.

Patt colgó el teléfono —Estaba llamándome escondida en el baño, para decirme que Richard está furioso porque un tío que es como él, pero mucho mayor, tiene algo contigo. Hasta le preguntó a su madre si su amiga Patt conocía a ese tal Rick.

Le miró asombrada —Pues sí que está celoso.

—Su madre está encantada. —la miró a los ojos— Y yo también. Espero que todo salga bien y terminéis juntos.

—Queda mucho para eso.

—Nunca se sabe. Yo necesité un minuto para enamorarme de Valeria. Sólo un minuto.

—Ese minuto ha pasado hace mucho para tu hijo.

—Nunca se sabe.

Cuando llegó a su casa, se quedó con la boca abierta al ver sentada en su sofá a Tavie y por como cambiaba de cadena en el televisor, estaba furiosa.

—Hola. —dijo refunfuñando.

Suspiró dejando el bolso encima de la butaca de flores— Vale, suéltalo.

—Me tienes que volver a acoger. —dijo mirándola de reojo.

—¿Y eso?

—Me he encontrado un preservativo debajo de la cama.

—¿No llevará allí siglos?

—No, había limpiado en el fin de semana.

—Lo siento. — su amiga asintió y Symone se dio cuenta que no quería llorar por ese capullo — ¿Pedimos pizza para cenar? —Tavie se encogió de hombros dándole todo igual— No te preocupes, encontrarás a otro que te merezca.

Eso fue la gota que colmó el vaso y se echó a llorar con fuerza. Se sentó a su lado y la abrazó —Venga, sabes que era un gilipollas. ¿Por qué te pones así?

—Tenía la esperanza de que cambiara por mí. —lloriqueó sobre su hombro.

—No puedes cambiar a las personas. Tienes que aceptarlas como son y si no te gustan, pues a otra cosa. — le acarició su melena rubia— No te pongas así.

—¿Quién me va a querer? Soy un desastre. No tengo trabajo, ni nada que ofrecer.

Se apartó mirando asombrada a su amiga— ¡No me digas que estabas con Cris pensando que no merecías algo mejor, porque no es así! ¡Te mereces a alguien mil veces mejor!

—¿De verdad? — susurró limpiándose las lágrimas.

—Por supuesto que sí. ¡Uno que bese el suelo que pisas! Y ahora te olvidarás de ese espécimen de ser humano y a otra cosa, mariposa. — entrecerró los ojos— Conozco a un chico...

—No, gracias. Ahora quiero descansar y buscar trabajo.

—Muy bien. —sonrió radiante—¿Sabes? Esto merece salir a celebrarlo con una hamburguesa. Y después nos vamos de fiesta.

—Mañana trabajas.

—Va. Puedo hacer la ruta con los ojos cerrados.

A las doce de la noche estaba loca por volver a casa. Sentada en una mesa del club donde habían ido, veía bailar a Tavie con un tipo y estaban bastante acaramelados. Al verla besarse gimió pensando en qué hacer. ¿Debería irse? La verdad es que llevaban bailando media hora y ni la habían mirado ni una sola vez. Decidió irse a casa y cogió su bolsito verde a juego con su vestido entallado. Gimió al ponerse de pie sobre los taconazos que Tavie la había obligado a llevar para estilizar las piernas y rodeó la pista de baile esquivando las mesas. Iba a salir de la pista cuando vio a un hombre y una mujer hablando en una especie de reservado. Se sonreían y él la miraba a los ojos. La furia recorrió a Symone, que se acercó a la mesa colocándose delante con las manos en jarras. Richard la miró distraído y abrió los ojos como platos— ¡No puede ser!

—Cena de negocios, ¿eh? —la mujer les miró confundida— ¡Me has mentido!

—¿Es tu novia? — preguntó la mujer con los ojos como platos.

—¿Qué va a ser mi novia? — Richard se levantó sacando unos dólares del bolsillo.

Symone jadeó ofendida— ¡Pues bien que me metías la lengua hasta la garganta esta tarde!

—¿Ah, sí? — la mujer que por cierto era muy guapa con su cabello pelirrojo impecablemente liso, miró a Richard como si no lo conociera.

—Nos vamos.

—¿Ahora te vas sin explicarte? —Symone estaba indignada.

—¡No tengo nada que explicar, porque no es problema tuyo! ¡Tú y yo no tenemos nada! ¡No somos nada! — Symone palideció— ¡Y así se quedará!

Sintió que algo se rompía en su pecho y le miró a los ojos— ¿Estás seguro de lo que haces?

— ¡Joder! ¡Te lo he dicho mil veces! — cogió del brazo a la mujer que la miró con pena y tiró de ella para levantarla de su asiento mirando a Symone furioso— ¡Debes ser algo lenta, porque ya no sé cómo decírtelo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas al oír esas palabras y asintió sin poder articular palabra. Pasaron ante ella yendo a la salida y Symone se mordió el labio inferior intentando resistir las lágrimas. Lentamente y esquivando las miradas, fue hasta el baño. Se escondió en uno de los cubículos y dejó salir las lágrimas tocándose el vientre, que se le retorció de dolor. No supo cuanto tiempo estuvo allí desahogándose, pero cuando salió tenía todo el maquillaje corrido y los párpados hinchados. Abrió el grifo del agua fría y se lavó la cara. Se miró al espejo secándose la cara con una toallita de papel— Serás estúpida. Estúpida y ridícula. — parpadeando intentando no llorar, tiró la toallita a la papelera y salió del baño.

Cuando llegó a la salida después de coger su abrigo en el guardarropa, suspiró de alivio al sentir el frío. Eso la despejaría. Como no estaban lejos de su apartamento decidió ir caminando, pensando en todo lo que había pasado en apenas unos días. ¿Cómo podía haberse enamorado tan rápido? Era absurdo. Y todo lo que había hecho...Dios se había puesto en ridículo ante él mil veces desde que le conocía. ¡Le había pedido matrimonio! Cuando le arrebataron el bolso de la mano, se giró sorprendida y al ver que el chico que se lo había cogido salía corriendo, ella corrió tras él sin pensárselo.

— ¡Devuélvemelo! — gritó viéndolo cruzar la calle.

Sin mirar a su alrededor le siguió. Cuando sintió el golpe simplemente la sorprendió y gritó cuando sintió que caía a la calzada con un fuerte golpe, haciéndose daño en la frente. El chirrido del freno a su lado no llegó hasta ella, sólo escuchando en sus oídos el sonido de su corazón. Symone con los ojos muy abiertos del shock mientras alguien se arrodillaba a su lado gritando que llamaran a emergencias, pensó que igual debía llamar a Tavie. Entonces llegó el dolor en la pierna y en la cabeza, así que intentó moverse para aliviarlo, cuando un policía apartó al hombre para decirle a gritos que no se moviera. —Tranquila, no se mueva. Enseguida llega una ambulancia.

—Me duele.

—Enseguida la ayudan. Usted manténgase despierta.

—¿Despierta? — estaba confusa, no entendía nada de lo que le estaba pasando.

—Sí, usted no se duerma.

Cuando la ambulancia se colocó a su lado escuchó gritar a Tavie— ¡Symone!

— ¿La conoce, señorita?

— ¡Es mi compañera de piso! — intentó acercarse, pero el policía la sujetó — ¿Qué ha pasado?

—La ha atropellado ese hombre cuando cruzó sin mirar.

Tavie la miró angustiada mientras a Symone la giraban poniéndola de espaldas y le colocaban un collarín— Symone, ¿estás bien?

Miró a su amiga intentando girar la cabeza, pero no podía y se mareó al intentarlo sin poder responder. Los dolores eran terribles y una lágrima rodó por su sien cerrando los ojos con fuerza.

— ¿Symone? Sigue con nosotros. No te desmayes, ¿vale? — le dijo un sanitario en voz muy alta.

Al abrir los ojos vio a Tavie mirando hacia sus piernas llorando —Tavie...

—Te pondrás bien.

Eso fue lo último que escuchó.

Al despertarse con unos dolores terribles en todo el cuerpo, vio a Tavie dormida sentada en una silla a su lado. Se dio cuenta que estaba en la habitación de un hospital y gimió al intentar moverse, sobresaltando a Tavie que se levantó de un salto— ¿Te duele? ¿Estás bien?

—Me duele mucho. ¿Qué me pasa?

—Te han atropellado. Tienes una pierna rota y contusiones en todo el cuerpo. — su amiga sonrió —Pero te pondrás bien.

— ¿Una pierna rota? —intentó mirar hacia abajo, pero no podía.

—Tienes puesto un collarín. Hasta que no te despertaras, no te lo querían quitar. —alargó la mano sobre su cabeza— Voy a llamar a la enfermera.

— ¿Me han operado?

—No. Pero te desmayaste dos veces en urgencias y decidieron sedarte.

La puerta se abrió y un enfermero muy guapo apareció sonriendo— Está despierta, muy bien. ¿Le duele?

—Drógueme. Todo lo que pueda.

El enfermero sonrió moviendo una rueda en el cable del gotero— El médico vendrá enseguida. Ya está pasando la ronda.

— ¿Qué hora es?

—Son la diez de la mañana. —dijo Tavie mirando su reloj.

— ¿Has pasado la noche aquí?

— ¡Claro!

—Me han robado el bolso. — susurró recordándolo— ¡Mis llaves, mi móvil!

—No se preocupe por eso. —dijo el enfermero —Su salud es lo más importante.

— ¡Las tarjetas de crédito! — chilló muy nerviosa sin hacerle caso.

—Tranquila. Llamaremos para anularlo todo. — su amiga sacó su móvil del bolso y llamó a información.

Symone cerró los ojos pensando que no se había presentado al trabajo. Había dejado a Jimmy tirado y también dejaría tirado a Patt. Pero no podía avisar a nadie porque no tenía sus números de teléfono. Cuando a su amiga le proporcionaron los números de teléfono que necesitaba, no perdió el tiempo y le pasó el teléfono únicamente para que diera sus datos personales y pudiera anularlo todo. La informaron de que no había habido cargos en sus tarjetas, lo que fue un alivio porque solo tenía seis mil dólares ahorrados y no podía perderlos. Después de anularlo todo, Tavie la pasó con su supervisora.

—Dios mío, ¿estás bien?

—Tengo una pierna rota. — le dijo agotada a la señora Liles — Y no sé cuando podré volver a...

—No te preocupes por eso. Hoy te han sustituido y así seguirá siendo. Tú sólo preocúpate por recuperarte. ¿De acuerdo?

—Gracias, es muy amable.

—Y piénsate lo del ascenso. Creo que te vendrá bien descansar durante un tiempo de las calles.

—Gracias. Lo pensaré. — le hizo un gesto a Tavie para que le quitara el teléfono de la oreja y colgó.

— ¿Qué tienes que pensar?

—Quiere ascenderme a un trabajo en la central.

—Eso es estupendo.

Ella gimió cerrando los ojos— Ahora no quiero pensar en ello. ¡Dios, cómo duele!

— ¿Dónde coño estará ese médico? — exclamó indignada su amiga. Acababa de decirlo cuando un tío con bata blanca que se parecía a Jason Statham entró en la habitación, dejando a su amiga con la boca abierta.

—Ya estoy aquí. — dijo divertido cerrando la puerta —Soy el doctor Weinstein.

—Encantada. — dijo su amiga babeando.

— ¿Puede darle a esa puñetera ruedita un poco más? — preguntó Symone irascible mirando al médico como si quisiera matarlo.

— ¿Le duele mucho?

— ¿Usted qué cree?

—Está agotada y dolorida, sino tiene un carácter estupendo. — dijo su amiga excusándola.

—Tranquila, lo entiendo.

— ¡Drógueme de una maldita vez! — gritó a punto de echarse a llorar.

—Antes vamos a comprobar que todo va como debe y así te podré quitar el collarín. — dijo suavemente como si fuera una niña.

Le hizo un montón de preguntas sobre qué día era y cosas que Symone consideraba absurdas y después con un boli empezó a preguntar si lo sentía al pasárselo por las piernas y los pies. Sonrió satisfecho y Tavie lo miró con adoración— ¿Está todo bien?

—Todo perfecto. Y como el escáner ha salido bien, vamos a quitarte el collarín.

—Estupendo. — siseó Symone impotente con unas ganas de llorar terribles.

Sintió alivio cuando le quitaron aquella cosa y miró hacia el gotero. El doctor Weinstein movió la ruedita algo más y apuntó la dosis en su historial —Si en media hora sigues teniendo dolores, que me avisen. Te cambiaré el sedante.

—Gracias, doctor. — dijo Tavie apartándose el pelo rubio del hombro — Por cierto, ¿tiene novia?

Esa pregunta hizo acordarse a Symone cuando ella se lo había preguntado a Richard el día que le conoció y cerró los ojos recordando la sensación que tuvo ese día. Como si fuera mil veces más ligera. Se sintió muy triste porque le daba la sensación que nunca volvería a sentir eso. Escuchó a Tavie hablar con el doctor riéndose como una niña y Symone sonrió con tristeza. Al sentir que el sueño se la llevaba, le dio la bienvenida, pues lo que menos quería, era recordar lo que había pasado la noche anterior.

Capítulo 5

Tres días después, sentada en la cama del hospital cambiaba de canal sin ver nada y Tavie la miró exasperada— ¿Qué coño te pasa? Desde que estás ingresada pareces deprimida.

—Que me hayan atropellado tendrá algo que ver. — siseó tocándose el morado que tenía en la frente porque le picaba la herida.

Su amiga la miró pensando en ello—No es eso. A ti te ha pasado algo.

—Sí, que me han robado un móvil de trescientos pavos.

— ¡Déjate de chorradas! — la cogió por el brazo y Symone gimió porque la había cogido por el antebrazo que estaba despellejado de la caída en el asfalto — Perdon.

—No pasa nada.

Llamaron a la puerta— ¡Pase! — dijo cambiando de canal otra vez.

Al ver a Patt allí con un ramo de gladiolos en la mano, Symone sonrió— Lo siento. No pude avisarte.

Richard la miró como si estuviera loca— Faltaría más. ¿Cómo se te ocurre disculparte?

Tavie miró a Patt con curiosidad— Richard, ella es mi mejor amiga y compañera de piso, Tavie.

—Encantado. Tienes suerte al tener una compañera así. Es fantástica.

—Sí que lo es. Sino no soportaría su mal humor en estos últimos días. — Symone se sonrojó y su amiga añadió— Voy a tomarme un café.

—Tráeme un bollo.

—Te vas a poner como una foca ahí tumbada todo el día comiendo porquerías.

Se encogió de hombros como si le diera igual y Tavie entrecerró los ojos, pero miró a Richard de reojo y susurró — Vuelvo enseguida.

—No tengas prisa. Le haré compañía mientras tanto. —dijo entregándole las flores

Su amigo se sentó en la silla de Tavie y Symone le miró — Gracias, son preciosas. ¿Cómo está Valeria?

—Le dan el alta el lunes, si todo sigue así.

—Eso es estupendo. ¿Cómo te has enterado que estaba aquí?

—Como antes de ayer no te presentaste en el hospital, te llamé a tu móvil, pero no respondías. Pensé que había pasado algo y que no habías podido venir. Pero cuando al día siguiente Jack me dijo que tampoco habías ido, llamé a tu trabajo preguntando por ti. Me dijeron que habías tenido un accidente de coche y que estabas ingresada, pero con quien hable no sabía dónde estabas, así que llamé a todos los hospitales. —sonrió divertido— Y fíjate, estás en el Lenox.

—Cuando me enteré de dónde estaba, no quería decirle nada a Valeria para no preocuparla.

—Todavía no se lo he dicho. Me ha preguntado por qué no he ido a verla y le he dado una excusa.

—Estará preocupada.

—Steffani se pasa casi todo el día con ella, pues los niños están en el colegio— se encogió de hombros— Ya nos veremos.

—Lo siento. Lo siento mucho. — sin darse cuenta los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eh, eh, ¿qué haces? Ni se te ocurra llorar por esto, ¿me oyes? — dijo suavemente cogiéndole la mano — Tú preocúpate por ti.

—No sé qué me pasa. Estoy algo sensible por el accidente. — susurró limpiándose la cara con la otra mano.

Richard la miró a los ojos— ¿Qué te ocurre? Parece que te han roto el corazón. —Symone desvió la mirada y él apretó los labios antes de decir— Así que Richard te ha hecho daño.

—Es que soy tonta. Eso es lo que pasa. Él no quería nada conmigo y yo insistí como una idiota.

— ¿Sabe lo del accidente?

— ¡No! Hablamos antes de que ocurriera. Y no quiero que lo sepa. Lo que me faltaba es que sintiera pena por mí. Ya me siento bastante idiota.

—No le diré nada.

Se miraron a los ojos y se echaron a reír porque ambos sabían que no se lo diría. Estuvieron hablando un rato y cuando Tavie regresó, su amiga sonreía de oreja a oreja— ¿Has visto a tu médico? —miró a Richard y le explicó— Se ha enamorado de un médico muy sexy.

— ¡Me ha pedido una cita!

Symone sonrió alegrándose mucho por ella— Eso es estupendo.

—Tengo que ir a comprarme algo elegante. Seguro que no me lleva a una hamburguesería.

—Tienes dinero en el tarro de galletas.

Tavie le dio un beso en la mejilla —Eres la mejor. — Tavie le guiñó un ojo a Richard y se fue tan contenta.

Symone no pudo evitar sonreír viéndola tan ilusionada — Así que la mantienes.

—Eres muy perspicaz.

— ¿No te cansas de ayudar a la gente?

Que pregunta más extraña —No me importa ayudar a mis amigos. Mientras no me tomen el pelo, claro.

—Claro.

Se sonrojó intensamente— Lo dices como si fuera tonta o algo así.

—No eres tonta. — dijo muy serio mirándola con sus ojos grises. Los mismos ojos que su hijo— Eres maravillosa.

— ¡Va! Lárgate de una vez. — dijo haciéndole reír— Y pásate a ver a Valeria. Si te pillan, di que te has equivocado de habitación.

—Creo que lo voy a hacer. Así le doy una sorpresa. — también la besó en la mejilla y miró a su alrededor— ¿Necesitas algo? No te ha traído el bollo.

—Casi mejor. Así no engordo el trasero. Además, enseguida me traerán la comida.

—Bien, cuídate.

—Y tú. Dale un beso a Valeria de mi parte.

Después de comer se quedó dormida viendo la televisión y una caricia en la mejilla la despertó. Abrió los ojos y parpadeó sorprendida al ver a su Richard sentado a su lado— ¿Qué haces tú aquí?

Él tomó aire antes de contestar— Mi madre me ha dicho que estabas ingresada por un atropello.

¡Chivato de Patt! Cuando le pillara...— ¿Y?

—Pues que he venido a verte.

— ¿Por qué?

— ¿Cómo que por qué?

—Sí. No somos nada, ¿recuerdas? ¿Qué coño haces aquí? —Richard se enderezó en la silla y la miró como si estuviera enfadado. ¡Encima! —Te agradecería que te fueras. Me duele la pierna y duermo muy poco. ¡Me has despertado!

—Perdona. No lo hice intencionadamente. —dijo levantándose y cogiendo el abrigo del respaldo de la silla.

— ¡No tengo ni idea de cómo se te ha ocurrido pensar que me alegraría verte! — se sentó en la cama con ganas de pegarle cuatro guantazos.

—Yo tampoco tengo ni idea. —siseó yendo hacia la puerta. Pero antes de salir se volvió— ¿Tengo que hablar con psiquiatría?

— ¿Qué?

— ¿No te tirarías a propósito?

— ¿Estás loco? —gritó asombrada— ¡Largo de aquí!

—Lo que me parece muy raro, es que te atropellen después de encontrarnos en el club.

— ¿Tan desesperada crees que estoy, que me intentaría suicidar por ti? ¡Estás chiflado!

Richard entrecerró los ojos como si se lo estuviera pensando— Sí, creo que voy a avisarles. Por si acaso.

Sin poder creérselo le vio salir de la habitación y se quedó mirando la puerta con la boca abierta —Este tío es gilipollas.

Rumiando su mala suerte, se dejó caer sobre las almohadas. Veinte minutos después aparecía el doctor Weinstein con otro hombre con bata y Richard detrás. Se mordió la lengua al verle cerrar la puerta tranquilamente.

—Bueno, Symone... he tenido una conversación muy interesante con el señor Thorton y he decidí llamar al doctor Jaffe para que nos eche una mano.

— ¿Ah, sí? — se cruzó de brazos y el siquiatra levantó una ceja al ver que intentaba protegerse — ¿Y se puede saber por qué hablan con un desconocido de mi historial médico?

—No hemos hablado de tu historial, sino que nos ha contado que has sido muy insistente en tu...

— ¿Les ha dicho que le he acosado? — gritó furiosa. Miró a Richard a los ojos— ¡Eres un cobarde!

—Lo he hecho por tu bien.

—Así que estoy loca. Perdón por tomar la iniciativa. Ahora si se dejan de especular y hablan con la policía, sabrán que me robaron y al perseguir al ladrón, crucé la calle sin darme cuenta.

Richard se la quedó mirando asombrado y miró a los médicos— Lo siento, no lo sabía.

—No pasa nada. —dijo el siquiatra acercándose— ¿Qué te parece si hablamos un rato?

— ¿De qué?

—De cómo te sientes.

—Os dejaré solos. —dijo el doctor Weinstein algo incómodo con el asunto.

— ¿Él no se va? — preguntó molesta.

— ¿No prefieres que se quede para aclarar las cosas?

—No tengo nada que aclarar con él.

—Pues parece que sí, porque él estaba convencido de que te querías suicidar.

—Es un idiota, ¿qué puedo decir?

Richard dejó el abrigo a los pies de su cama y la miró enfadado—Quizás si no te hubieras comportado como una loca, no hubiera pensado eso.

— ¿Ahora te obligué a besarme?

Él siquiatra miró a Richard —Responda a la pregunta.

—No.

—Lo que pasa es que te dije lo que quería y te asustaste. —y añadió con burla— Me gusta llevar la iniciativa.

—Es que me gusta llevar la iniciativa.

— ¡Si hubiera sido por ti, no hubieras hecho nada!

— ¡Es que no quería hacer nada!

—Eso ya me lo dejaste claro. — susurró desviando la mirada hacia la pared.

—Pero aun así la besaste, ¿por qué?

—Insistió.

— ¿Te dejaste llevar o te sentías atraído?

—Quiero que os vayáis de mi habitación. — dijo ella sin querer oír esa respuesta.

— ¿Tienes miedo de lo que pueda responder?

Ese tío era muy listo — ¡No necesito que responda con la erección que tenía!

Richard la miró con furia— ¡Cualquier hombre estaría en esas condiciones después de ofrecerte de esa manera!

Symone le miró dolida— Bien. Pues dame las gracias y lárgate de mi vida.

— ¡Eres tú quien has entrado en mi vida como si fueras un elefante en una cacharrería!

—Sin embargo estás aquí. — dijo el hombre mirándole fijamente — ¿Por qué has venido a verla?

—Para comprobar que estaba bien.

— ¿Por qué? Si no te importa y no quieres nada con ella...

—No he dicho que no me importe. Sólo que no quiero nada con ella.

— ¿Por qué le insistes tanto en dejárselo claro? ¿Por qué tienes que hacerle daño sin necesidad?

Richard lo miró sorprendido— ¡Eh! ¡Es ella la que no se entera! ¡Cambió su ruta para entregar las cartas en mi empresa!

Los ojos de Symone se llenaron de lágrimas— Tranquilo, ya no volveré a molestarte. Ahora si no te importa me duele mucho la pierna y quiero descansar.

—Me da la sensación que esto no se acaba aquí. — dijo el siquiatra mirando a Richard, que enderezó la espalda molesto — ¿Me acompañas afuera?

Richard salió con él y ella vio el abrigo sobre la cama. Le dio un golpe bajo las sábanas con la pierna sana para tirarlo al suelo y se tumbó en la cama mirando el techo. Estaba deseando salir de allí. Al menos en su casa la dejarían tranquila.

Cuando se abrió la puerta, Richard estaba furioso y al ver su abrigo en el suelo lo cogió de mala manera— ¡Ahora resulta que soy yo el que no está bien de la cabeza!

Symone no respondió mirando el techo sin poder creerse todavía que hubiera hablado con el siquiatra para decirle que se había intentado quitar la vida — ¡Mírame!

Ella no lo hizo mientras una lágrima de furia caía por su sien —Vale, soy un cabrón insensible. — dijo poniéndose el abrigo — ¡Me ha encantado verte! — salió de la habitación furioso y Symone se tapó los ojos intentando no llorar más.

Después de unos minutos que tardó en calmarse, se dijo que era lo mejor. Si tenía que perseguirle para que le hiciera caso, es que no era su hombre. Cuando existía el flechazo era mutuo y se había equivocado. El amor de verdad era distinto. Sólo había que ver a Patt y a Valeria. Se seguían amando a pesar de todo lo que había pasado y se comprendían sacrificándose por el otro.

Estaba distraída moviendo la cena de un lado a otro, cuando se abrió la puerta y entró un gran ramo de flores. Eran gladiolos y frunció el ceño porque Patt ya se lo había llevado ese día. El chico que se las llevaba miró a su alrededor y se lo puso en la mesilla de noche— ¿Seguro que son para mí?

—Seguro, señorita Murray. —sonrió enseñando su incisivo mellado—Tiene tarjeta.

Se sonrojó avergonzada— Lo siento, pero no tengo el bolso.

—No se preocupe. El hombre y a me ha dado la propina.

Dejando el tenedor, alargó la mano para coger el sobrecito azul claro que sobresalía del ramo con su nombre. Al abrir la tarjeta y ver la firma de Richard pensó en el padre, pero al leerla se quedó sin aliento sintiendo un nudo en la garganta.

“¿Qué puedo decirte? Soy idiota. No tengo excusa para lo que hice esta tarde. Lo siento”

Symone se mordió el interior de la mejilla y rompió la tarjeta por la mitad colocándola sobre la mesilla. Puede que se hubiera disculpado, pero no le servía que no lo hiciera a la cara.

—Cobarde. — siseó cogiendo el jarrón de cristal donde estaba el precioso ramo y empujándolo al suelo. Se estrelló desparramando las flores por todo el suelo.

La puerta se abrió sobresaltándola y Richard la miró desde el pasillo, viendo las flores tiradas en el suelo. Apretó los labios asintiendo antes de alejarse dejando la puerta abierta. No pensaba sentirse culpable por reaccionar así después de todo lo que había pasado. La enfermera entró en la habitación a toda prisa, interrumpiendo sus pensamientos— Oh cielo, ¿se te ha caído el jarrón? No te preocupes, enseguida te traigo otro.

—No hace falta. Puede tirarlas si quiere. — dijo molesta apartando la bandeja de la cena.

—Es un hombre muy guapo. — dijo la mujer que debía tener la edad de su madre.

—Pues se lo regalo. Aunque no puedo regalárselo porque no es mío.

— ¿De veras? Pues lleva toda la tarde dando vueltas ante tu habitación. Pensaba que era tu novio.

El corazón de Symone dio un salto— ¿De veras?

—Oh, sí. —la miró como si no entendiera nada— Lo comentaba con las compañeras. Cuando llegó, se pasó una hora decidiéndose a entrar y después cuando salió parecía enfadado, pero después esperó dos horas a que llegara el chico de la floristería y todas pensábamos que era un detalle precioso.

Symone hizo una mueca no queriendo hacerse ilusiones, pero después recordó la mirada de Richard al ver las flores en el suelo. Recordó cuando le dijo que si él le regalara algo, lo cuidaría — ¿Puede traerme otro florero?

—Claro, cariño. Quedara precioso, ya verás.

Se volvió hacia la tarjeta e hizo una mueca— ¿Tiene celo por ahí?

La enfermera miró la tarjeta sobre la mesilla— Yo lo arreglo. No se preocupe.

—Es muy amable. — susurró —Pero prefiero arreglarlo yo.

Minutos después estaba pegando la tarjeta con el celo y cuando terminó sonrió porque casi no se notaba. La guardó en el sobrecito y se puso a colocar los gladiolos en el jarrón que la enfermera le había llevado. Estaba colocando los últimos cuando se abrió la puerta.

—Ya casi he terminado. — dijo colocando una de las flores.

—Me alegro.

Sorprendida miró a Richard— Has vuelto.

Él suspiró dejando el abrigo sobre la cama— Me fui a casa, pero he vuelto.

— ¿Por qué?

—Serán los remordimientos, supongo. — se sentó a su lado y cogió una flor.

—Vale, te perdono. Ahora puedes dormir tranquilo. — colocó la flor y al coger la suya de su mano él no la soltó y a Symone se le cortó el aliento. Le miró a los ojos —¿No me la das?

— ¿Me has perdonado de verdad? ¿O sólo lo dices por decir?

—Lo he entendido. Y claro que te perdono lo del siquiatra. — sin querer sonrió— He conseguido asustarte con lo del cambio de ruta, ¿verdad?

—Los tenía por corbata. —Symone se echó a reír y tiró suavemente de la flor, pero Richard no la soltó— Se va a romper.

—Vale, si no me la quieres dar... — soltó la mano y con cuidado cogió el florero colocándolo en la mesilla.

Cuando hizo lo mismo con la tarjeta Richard apartó la mesa — ¿Y lo del club?

Se tumbó en la cama y levantó una ceja— ¿Qué?

— ¿Me has perdonado lo del club?

Se miraron a los ojos— No tengo que perdonarte nada, ¿recuerdas? No tenemos nada. —Richard apretó los labios desviando la mirada. Cogió la flor y la colocó en el jarrón —Pero no soy lenta. — sonrió intentando que no le doliera mirarle.

—No, no lo eres. — dijo él mirando las flores— ¿Por qué no las has tirado?

—Te dije que si algún día me regalabas algo lo cuidaría y no lo he hecho.

Él la miró sorprendido— Estabas enfadada.

—Eso no es excusa para hacer daño a otra persona.

—Estupendo, ahora me siento peor. — dijo levantándose y pasando una mano por su pelo negro.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué tienes que decir esas cosas? Eres tan intensa que pones los pelos de punta. — Symone perdió la sonrisa poco a poco —Genial, ahora te he ofendido.

— ¿Qué tal si nos separamos como amigos? Si algún día me ves por la calle nos saludamos y puede que en algún momento incluso tomemos una cerveza juntos. — forzó una sonrisa— ¿No crees?

Richard empezó a pasear por la habitación y después fue hasta la ventana mirando al exterior con las manos en los bolsillos del pantalón del traje — ¿Eso significa que ya no me llevarás las cartas? —Symone no supo que contestar, así que se quedó mirando su espalda. Richard se volvió sin moverse del sitio— ¿Ya no nos veremos más?

Harta le gritó — ¿Quieres decidirte de una maldita vez?

Él sonrió descarado dejándola de piedra— ¿Te pongo de los nervios?

— ¡La verdad es que esta incertidumbre es desquiciante!

Se acercó a la cama y se sentó a su lado colocando una de sus manos al otro lado de su cuerpo. Su cercanía y su olor la hicieron recordar el beso y gimió interiormente pensando que lo mejor era comportarse como si nada. Richard sonrió más ampliamente— ¿Te pongo nerviosa?

—Pues no. He dicho que tu actitud es...

Se acercó besándola y Symone se quedó muy quieta disfrutando de sus labios. Gimió cuando acarició su paladar y se abrazó a su cuello sin darse cuenta. Él se apartó al oírla— ¿Te he hecho daño?

— ¿Qué estás haciendo? — susurró mirando sus ojos.

Richard miró sus labios y se los besó suavemente — Estás hecha un lío, ¿verdad?

—Me tienes algo despietada.

— ¿Quieres cenar conmigo?

Symone no se lo podía creer— ¿Me estás invitando a cenar cuando tengo la pierna escayolada hasta la ingle?

—Soy así de inoportuno. —le apartó un rizo de la frente e hizo una mueca —Estás hecha un cromo. Te llevaré a un sitio oscuro. —se echó a reír divertida— ¿Eso es que sí?

Symone asintió sin dejar de reír y Richard la miró con deseo quitándole la risa poco a poco — ¿Richard?

—Tu risa...

— ¿Qué?

—No he podido olvidarla en estos días.

—¿De verdad? — le acarició el cabello.

—Sí. — le besó los labios y después la mejilla hasta llegar al lóbulo de su oreja.

— ¿No estabas contento porque te habías librado de mí?

—No verte en la empresa, ni en el hospital, me chocó un poco.

—Así que me echabas de menos.

Richard levantó la cabeza para mirarla a los ojos— No es propio de ti darte por vencida.

—Puede que insista, pero me duelen los rechazos como a los demás.

Richard apretó los labios y le acarició el lóbulo de la oreja — Entendido.

—Ahora dame un beso y vete a descansar. — le acarició la mejilla disfrutando de su tacto.

— ¿Cómo sabes que he dormido poco?

—Porque esa noche yo no hubiera dormido tampoco si no fuera por el accidente.

— ¿Qué te había dicho sobre ser intensa? —Symone se echó a reír —Nena...

—Bésame.

La besó como si quisiera fundirse con ella y su mano fue a parar a su pecho acariciándose por encima de la bata. Ella gimió de dolor y Richard se separó sorprendido— Te he hecho daño.

—Es que tengo el pecho algo...—Richard desato el lazo de su cuello antes de que se diera cuenta y le bajó la bata— ¡Richard!

Al ver su pecho amoratado apretó los labios— Joder nena, esto tiene que doler muchísimo.

Avergonzada intentó levantar la bata, pero él se lo impidió— Richard, puede entrar alguien.

— ¿Te han hecho pruebas? Esto no tiene buen color.

—Estoy bien.

La miró a los ojos como si no la creyera y miró su otro pecho que parecía intacto — ¿Este te duele?

—Oh, por Dios— dijo excitadísima por su mirada. Su pezón se endureció, pero Richard lo ignoró bajándole más la bata

— ¿Qué más te has hecho?

—Nada.

—No me mientas. — al ver su cadera amoratada apretó los labios.

—Richard, ¿y si entra alguien? — estaba casi desnuda ante él y le daba algo de vergüenza.

Parecía muy concentrado mirando su piel y cuando sus labios bajaron a su ombligo Symone gimió sorprendida. Sus labios subieron por su vientre hasta llegar a su pecho intacto y atrapó su pezón chupando con fuerza. Fue como si la traspasara un rayo —Dios, nena... eres increíble. Tu manera de responderme me excita muchísimo. —dijo contra su pecho antes de mordisqueárselo, haciendo arquear su espalda. Richard la cogió por el cuello atrapando su boca y la besó con tanta intensidad, que se sintió al borde del orgasmo. Symone acarició su costado hasta llegar a su muslo y en cuanto tocó su entrepierna, Richard se levantó de un salto.

Atónita con la bata por la cintura se le quedó mirando— ¿Qué? —Richard se pasó las manos por el cabello echándose hacia atrás, pero le miró el pecho otra vez y le subió la bata antes de darse cuenta — ¿Qué te pasa?

—Pasa que no podemos hacerlo. No sé si recuerdas que puede entrar alguien.

— ¡Eso ya te lo había dicho yo! — enfadada se cruzó de brazos.

—No hagas eso. Te estás rozando en el morado.

—Son mis pechos y sé si tengo que tocarlos o no. ¡Y tú no deberías haberlos tocado!

Richard sonrió sentándose en la cama — Ahora sí que no podré dormir.

—Te lo mereces por sobón.

—Tú también me has sobado.

Symone sonrió maliciosa haciéndole reír. La besó rápidamente y se levantó de la cama— Te veré mañana.

—Vale.

Se miraron a los ojos mientras se ponía el abrigo — ¿Quieres que te traiga algo?

—Tu persona.

—Haré lo posible. Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana.

Capítulo 6

Pero a la mañana siguiente para su sorpresa le dieron el alta. Los golpes no habían llevado a nada peor y la pierna podía curarla en casa. Tavie esa mañana estaba contentísima porque había tenido una cita diez con su médico— De verdad Symone, es perfecto. No sé qué hacía con un tío como Cris

—Fíjate, ya somos dos. —dijo con la pierna estirada en la silla de ruedas mientras su amiga llevaba su bolsa de aseo y las muletas. El celador empujaba la silla hacia el ascensor, cuando se dio cuenta que no había visto a Valeria.

— ¿Podemos hacer una parada en la tercera?

El celador la miró confuso— Déjalo, chato. Ya la llevo yo. —Tavie le dio las muletas a Symone y la empujó dentro del ascensor.

— ¿Chato?

—Les encanta. — su amiga pulsó el tercero y tiró de ella hacia atrás antes de que la puerta le cogiera la pierna — Uy, perdona.

Puso los ojos en blanco resignada. Ser cuidada por Tavie conllevaba riesgos, pero era lo que tenía si no quería que su madre viniera desde Wisconsin.

Llegaron hasta la puerta de Valeria y llamaron suavemente por si estaba descansando. Cuando dijeron que pasaran, su amiga abrió la puerta antes de pasarla al interior. Las muletas atravesadas chocaron contra el marco de la puerta y Symone protestó de dolor cuando le pegaron en el pecho.

—Uy, perdona.

Resignada movió las muletas y cuando por fin pasaron, Valeria la miraba compadeciéndose, sentada en una silla ante la ventana— ¿Cómo te encuentras? — preguntaron a la vez riéndose después.

—Bien, me voy de aquí.

—A mí me queda poco.

—Ella es mi amiga Tavie.

—Y enfermera y compañera de piso y paño de lágrimas y...

—Vale, Tavie.

Valeria sonrió, pero su alegría no llegaba hasta sus ojos, así que Symone perdió la sonrisa poco a poco —Tavie, ¿por qué no vas a tomarte algo?

—Voy a ver si encuentro a mi media naranja. — salió a toda prisa y Symone se acercó empujando la silla.

— ¿Estás bien?

—Ya no lo soporto más. — dijo desesperada — En estos días viéndole a menudo, me he dado cuenta que cada vez le necesito más.

Lo entendió perfectamente— Si puedo hacer algo por ti.

—Estoy asustadísima. Si mis hijos no lo aceptan...

—Te quieren.

—Es algo horrible lo que hicimos. ¡Les he mentido toda la vida!

—Les mentiste para no hacerles daño. Quisiste lo mejor para todos sin preocuparte por lo que vosotros necesitabais. Son mayores y lo aceptarán.

—Richard me va a odiar. Adoraba a su padre.

—No era su padre. Su padre estaba encerrado en un piso, esperando una maldita carta a la semana para saber de él. O que tú tuvieras tiempo para verle. — Valeria la miró atormentada— ¿No te das cuenta? La persona que amas también sufre. Debes solucionar esto. —sabía que lo que le aconsejando la pondría a ella en un aprieto, porque en cuanto se enterara Richard de que lo sabía, la odiaría.

—Lo haré en cuanto llegue a casa.

—Muy bien. Os deseo suerte.

—Gracias.

—Bueno, ahora me voy a ver si encuentro a mi amiga. Buscaré en los armarios, pues debe estar seduciendo a cierto médico que no tiene nada que hacer.

Valeria se echó a reír divertida y eso la alegró— Hasta pronto, Valeria.

—Hasta pronto.

Se equivocó con Tavie porque estaba charlando con una enfermera sobre el pintauñas que llevaba— Ah, ¿ya estás lista?

—Sí, podemos irnos.

Meterla en el taxi fue una odisea. Tavie intentando ayudarla, tropezó con su pierna al menos cinco veces. Pálida de dolor cuando llegó a casa se tuvo que acostar un rato. La despertaron ruidos en la cocina y se sobresaltó para mirar la hora.

— ¡Mierda! ¡Mierda!

— ¿Qué pasa? — Tavie la miraba desde la puerta comiéndose helado.

— ¡No he avisado a Richard!

—Ah, pues llámalo. — ignorándola se largó de la habitación chupando la cuchara. En camiseta se levantó cogiendo las muletas. Caminar con aquellas cosas parecía más fácil en las películas. Se iba hacia los lados o se le tropezaban. Salió de su habitación y pudo llegar al baño.

Cuando al fin llegó al salón, se sentó en el sillón cogiendo el auricular inalámbrico y marcando el número de información. Pidió que le pasaran con el edificio Thorton y esperó.

— ¿Thorton Internacional?

—Necesito hablar con Richard Thorton. Pásame, por favor. Soy Symone.

— ¿La cartera?

Asombrada miró el teléfono y entrecerró los ojos al darse cuenta de quién era— Mira guapa o me pasas con Richard o voy ahí y te pateo el culo con la escayola que tengo en la pierna.

—Qué pena que no te escayolaran la boca. ¿Qué pasa? ¿Alguien te dio una paliza por bocazas?

—Mira, no. Me encontré a tu novio y de la risa que me dio cuando me dijo como besabas me caí de la impresión.

La recepcionista chasqueó la lengua— Qué poco original eres.

—Mira quién fue a hablar. Pásame con mi novio.

La tía se echó a reír a carcajadas— Eso no te lo crees ni tú.

— ¿Quieres apostar?

—Hecho.

—Cien pavos.

—Vamos, ¿cien pavos? Si estás tan segura de que es tu novio apuesta mil.

—Mil pavos a que es mi novio.

—Pero tendrás que demostrarlo.
— ¿Cómo?
—Espera que piense...
— ¡Venga ya!
—Tiene que darte un beso en el hall delante de mí.
—Vete preparando la pasta.
— Espera sentada.
—Pásame con Richard.
—Serán los mil pavos más fáciles de mi vida.
—La facilidad es tu vida, guapa.
—Qué chistosa. Te paso.
—Despacho de Richard Thorton.
—Soy Symone, necesito hablar con él.
— ¿Symone?

—Symone Murray. Es importante.
—Ahora no se encuentra en el despacho, señorita Murray.
—Un momento, pásame con la chica de antes.
— ¿Disculpe?
—Pásame con la chica de antes.
—Por supuesto.
—Thorton Internacional.
— ¿Está Richard ahí?

La chica se echó a reír— ¿No quiere atenderte?

—La petarda del teléfono no me quiere pasar.
— ¿Si eres su novia cómo es que no tienes su teléfono?
—Me robaron el bolso, ¿cómo crees que me rompí la pierna?
—Espera. — la dejó en espera con una música aburridísima y cuando contestó le dijo— Está en el despacho reunido con un inversor.
— ¿Y no hay posibilidad de que pueda hablar con él?
— ¡Oye no te voy a dar facilidades para ganar la apuesta!
—Si estás tan segura que no voy a ganar, esto no será un problema para ti.
—Di que eres su hermana.

— ¡Ahora no colará!
—Pues di que llamas del hospital, tiene a su madre ingresada.
—Eso ya lo sé. Vale, pásame otra vez.
— ¿Despacho de Richard Thorton?

Puso la voz algo más grave—Llamo del Lenox Hill. Tengo que hablar con el señor Thorton.

—Enseguida le paso.

El tono sonó dos veces antes de que lo cogieran— ¿Diga?

—Richard, soy yo.
—Nena, ¿qué pasa? ¿Estás bien?
—Me han dado el alta.

Richard suspiró de alivio— Entonces, ¿estás en casa?

—Sí, apunta la dirección. — le dijo la dirección lentamente— ¿La has apuntado?
—Sí. —respondió divertido— Te veo luego.
—Tráete una peli.
— ¿Una peli? — se echó a reír y susurró— Nena, no necesitamos pelis para entretenernos.
—Eres un chico muy malo, Thorton. — divertida colgó el teléfono mientras él se reía.

Después de comer algo, decidió darse un baño. Toda una odisea con la escayola tan arriba. Se colocó el plástico que cubría la escayola, pensando que aquello no funcionaría, pero cuando se metió en el agua con la pierna levantada sobre un escalón de plástico que usaban en la cocina, alucinó al ver que no entraba el agua. Se bañó relajadamente y se lavó el cabello tomándose su tiempo. Incluso le echó una mascarilla que tuvo puesta diez minutos. Cuando Tavie la ayudó a salir de la bañera, decidió ponerse mona y se puso un camisón de raso verde para cuando llegara Richard. Tavie la miró sonriendo con los brazos en jarras sentándose en el sofá— ¿Sobro?

—Llama a tu médico y desaparece, ¿quieres?

— ¡Estás hecha polvo!

—No tanto.

Su amiga se echó a reír y fue hasta su móvil llamando a su médico. Veinte minutos después salía del apartamento lanzándole un beso —Si me necesitas, llámame.

—No te necesitaré. Me arreglaré sola.

Tavie se echó a reír cerrando la puerta. Nerviosa se miró el pecho e hizo una mueca al ver que el morado se veía un poco. A las seis de la tarde estaba inquieta, pero no podía llamarle al trabajo, porque ya no le cogerían el teléfono. A las siete cambiaba de canal enfadada. ¡La había dejado plantada! Cuando lo viera le pegaría con la escayola en las pelotas.

Llamaron a la puerta cuando estaba pensando en hacerse algo de cenar— ¿Sí?

—Adivina.

Cogió las muletas a toda prisa, pero luego pensó que mejor le hacía esperar— ¿Adivina? ¿Quién podrá ser? No sé. Igual es el idiota de mi novio que llega muy tarde.

Richard se echó a reír al otro lado de la puerta y ella la abrió. Richard llevaba una bolsa de comida de uno de los mejores restaurantes de nueva York — ¿Qué es eso?

—Te dije que te invitaría a cenar. — la cogió por la cintura y la levantó cerrando la puerta con el pie mientras ella dejaba caer las muletas— ¿Tienes hambre?

—No mucha. — susurró mirando sus labios. Richard dejó caer la bolsa y la abrazó con el otro brazo.

—Yo sí. — la besó saboreándola y Symone gimió abrazando su cuello rodeando su cadera con la pierna sana aferrándose a él. Con la respiración agitada, él separó su boca para besarle el cuello— La habitación, nena.

—La del fondo. — le acarició el cabello y cuando él la llevó hacia el pasillo le golpeó sin querer la pierna escayolada contra la pared — ¡Auchh!

—Lo siento. — levantó la mirada hacia sus ojos— ¿Estás bien?

—No pares. — atrapó su boca y temiendo que se echara atrás, le acarició el cuello atrayéndole a ella. Cuando llegaron a la habitación la tumbó con delicadeza y se

separó ligeramente, pero Symone protestó haciéndole gruñir en su boca. Se separó de ella y de pie a su lado se quitó la chaqueta del traje mirándola a los ojos con un deseo que a Symone la estremeció— Nena, no sé si puedo ser delicado. Me haces perder la cabeza.

Sonrió encantada al escuchar esas palabras y apoyándose en la pierna sana levantó la cadera para quitarse el camión tirándolo al suelo. Richard al ver su cuerpo desnudo, juró por lo bajo y casi se arranca la camisa haciéndola reír.

Alargó la mano y le acarició el muslo por encima del pantalón mirándolo con malicia— Date prisa.

El gruñido de Richard llevándose las manos al cinturón de piel la hizo volver a reír mientras dejaba caer los pantalones. Cuando se agachó para quitarse los calcetines, ella le rozó su excitado miembro con las yemas de los dedos. Richard le sujetó la muñeca— Esto me lo vas a pagar.

— ¿De veras?

—Sí. — gruñó arrodillando una pierna a su lado.

A Symone se le cortó el aliento cuando cogió su pierna sana. Pasando su otra rodilla por encima de la escayola dejándola entre sus piernas, la miró a los ojos colocando la pierna sana de Symone sobre su hombro— Umm. Una postura interesante. —dijo con voz ronca totalmente excitada.

— ¿Eres flexible? —le acarició la pantorrilla lentamente hasta llegar al interior de su muslo. Symone jadeó agarrando el edredón entre sus manos — ¡Dios! — cuando su mano la acarició entre las piernas, arqueó la espalda apoyándose sin darse cuenta en la pierna lesionada— ¡Ay!

Richard suspiró —Cielo, creo que es mejor que lo dejemos.

—No. — le rogó estirando los brazos hacia él. Richard se acercó apoyándose en las palmas de sus manos y la besó suavemente. Cuando su miembro rozó su sexo gimió contra sus labios impaciente —Más...

Richard la miró a los ojos entrando en ella lentamente. Symone abrió los labios jadeando, disfrutando al sentirse cada vez más llena, hasta que entró en su cuerpo del todo. Richard cerró los ojos con la respiración agitada y se movió lentamente provocándole tal placer que se tuvo que sujetar en sus antebrazos temiendo perderle. Richard abrió los ojos y volvió a salir de ella lentamente. Las uñas de Symone se apretaron en su brazo y Richard entrecerró los ojos antes de entrar en su interior con fuerza haciéndola gritar de placer. Con los ojos fijos en ella, lo hizo una y otra vez. Symone pensó que no podría más al experimentar que todo su cuerpo se tensaba y gritó exigiendo más. Richard se agachó besando su boca con desesperación mientras aceleraba el ritmo de sus caderas, hasta que con un último empujón la estremeció, enviándola a un mundo lleno de placer donde no había estado nunca.

Cuando volvió en sí sonriendo como una tonta, le vio tumbado a su lado cubriéndose los ojos con el brazo y la respiración alterada — ¿Estás bien?

Él apartó el brazo y la miró divertido— Soy yo quien tiene que preguntarte si estás bien, nena.

Symone le acarició el pecho apoyándose en su antebrazo y mirándole maliciosa— Quiero más.

Richard se echó a reír— Entonces es que estás bien.

Ella le miró el pecho y se lo besó hasta llegar a su tetilla. A Richard se cortó el aliento y acarició sus rizos bajando su mano por su espalda— Nena, ¿no tienes hambre?

—Tengo microondas.

Los días siguientes fueron realmente increíbles para Symone. Nunca había sentido nada igual y estaba totalmente enamorada. En el fin de semana no se separaron ni un momento, haciéndolo todo juntos. Más bien haciéndolo él, porque le preparaba el desayuno, la comida y compraba la cena para que no forzara la pierna herida. Se rieron como niños metiéndose los dos en la bañera. Algo realmente difícil. También vieron un par de películas juntos, pero Symone siempre se dormía en el sofá, provocando que tuviera que llevarla a la cama. Ella se despertaba y le tentaba hasta que volvía a hacerle el amor.

Capítulo 7

Cuando el lunes por la mañana la besó en el hombro para despertarla, protestó abrazando su almohada— Nena, tengo que ir a trabajar.

Symone perdió la sonrisa que tenía en la cara y se volvió para mirarle— ¿Tienes que ir?

—Tengo que pasar por casa y Tavié está en el salón intentando recuperar su apartamento.

—Es mi apartamento. —vio que ya estaba vestido.

—Te llamaré luego. —la besó en los labios y se levantó de la cama.

Entonces Symone recordó que era lunes y que todo podría cambiar si Valeria le decía la verdad.

—Cariño...

— ¿Sí? — la miró con una maravillosa sonrisa en la cara y esperó que pudiera seguir mirándola así al terminar el día.

—Que tengas un buen día.

—Nada podría fastidiármelo después de este fin de semana, cielo. — le guiñó el ojo ampliando su sonrisa y salió de la habitación dejándola hecha polvo.

Suspiró dejando caer la cabeza en la almohada y a punto estuvo de llamar a Valeria suplicándole que no le dijera nada. Pero algo lo impidió. Seguramente que ellos tenían derecho a ser felices.

— ¿No piensas levantarte de la cama? — preguntó su amiga mirándola desde la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Al ver su mirada Tavié perdió la sonrisa— ¿Qué pasa?

—Nada. —se sentó sobre la cama y Tavié le acercó una bata, que se puso lentamente.

—Venga, hasta tenido un fin de semana de sexo y diversión con tu chico. Nada debe ser tan malo.

Miró a su amiga a los ojos— Valeria le va a decir hoy quién es su padre.

— ¡Joder! Pues después de eso va a estar de un humor insoportable.

— ¿Crees que se enfadará conmigo? —Tavié desvió la mirada— Sí, por supuesto que se enfadará conmigo. Soy estúpida.

—No eres estúpida. Estás enamorada.

Gimió tapándose la cara— Esto es un desastre. ¿Por qué conocí antes a su padre?

—Porque el destino es así. Ahora déjate de rollos y levántate para desayunar. Preocuparse por algo antes de que pase, es perder el tiempo.

Sabía que su amiga tenía razón y desayunaron juntas. Tavié tenía una entrevista de trabajo en un supermercado y estaba nerviosa— ¿Y cómo te va con tu médico?

Tavié sonrió encantada mientras se ponía el abrigo— Brian es perfecto.

—Así que va bien, ¿eh? — dijo maliciosa.

La miró a los ojos asintiendo— No sé. A su lado me siento especial.

—Te entiendo perfectamente. — perdió la sonrisa recordando lo bien que estaba con Richard.

—No te preocupes. Puede que se enfade, pero lo pensará y al final todo quedará en nada.

—Eso espero. No sé lo que voy a hacer sin él.

Tavié se acercó y le dio un abrazo— Ha sido él quien ha venido a ti esta vez. No te preocupes más y pasa un buen día. Después de la entrevista he quedado, así que llegaré después de la cena.

—Pásalo bien.

— Por cierto, ¿te has tomado las pastillas para el dolor? Me lo va a preguntar.

— ¿Tú qué crees? — preguntó divertida haciéndola reír.

—Muy bien. Le diré que tu vida sexual es tan agitada que ni te has acordado.

— ¡Cómo le digas eso, te mató! — gritó mientras cerraba la puerta riéndose.

Una hora después estaba aburrida, pues no podía concentrarse en el libro que estaba leyendo. Decidió llamar a Richard para ver como estaba y cogiendo el teléfono inalámbrico marcó el número de la empresa – Thorton Internacional.

—Pásame con Richard.

— ¿Por qué no le llamas a su móvil?

— ¡Porque nuestra vida sexual es tan agitada que siempre se me olvida!

—Ja, ja. Que más quisieras. Oye, he estado pensando en la apuesta.

— ¿Te estás echando atrás? —preguntó divertida.

—Que más quisieras. No, pero tiene que haber un límite de tiempo. ¿Y si desesperado cae dentro de veinte años?

— ¿De cuánto tiempo estamos hablando? Tengo la pierna escayolada.

—Pues... ¿dos meses?

Le quitaban la escayola en veinticinco días, así que le parecía bien— Hecho. Le voy a dar un morreo, que te vas a quedar con la boca abierta.

—Estoy deseando verlo. — dijo maliciosa—Te paso. ¿Quién eres hoy?

— ¿Su hermana?

—Su secretaria conoce su voz. —bufó al otro lado del teléfono— No eres muy lista ¿verdad?

—Soy su novia. Punto.

—Sí es lo que quieres...

¿Eso que quería decir? — Despacho de Richard Thorton.

—Soy Symone Murray. ¿Puede pasarme con Richard?

—El señor Thorton está en una reunión y después tiene una comida de negocios.

— ¡Sólo necesito hablar con él un minuto!

—Me ha dicho que no le molesten.

Suspiró porque esa mujer era inflexible— Bueno, ¿podría decirle que le he llamado?

—Por supuesto. Le daré el recado.

—Gracias. — dijo antes de colgar. Podía haber mentido diciendo que era algo urgente, pero tampoco quería preocuparle. Tendría que esperar a que tuviera un hueco y la llamara.

A las siete de la tarde Symone se subía por las paredes de los nervios maldiciéndose mil veces por no haberle el pedido el número del móvil. Cuando llegaron las diez se echó a llorar porque sabía que en ese momento la odiaba y al llegar su amiga simplemente se quitó el abrigo y la abrazó. Se pasó media noche llorando mientras Tavie intentaba consolarla, hasta que agotada se quedó dormida.

En cuanto se despertó fue dando saltitos hasta el teléfono y marcó el número de la empresa— Thorton Internacional

—Pásame con Richard.

—¿Qué pasa?

—Pásame con él, por favor. Haz lo que tengas que hacer, pero pásame con él.

La recepcionista se quedó unos segundos en silencio antes de decir— Espera, voy a ver cómo va el asunto. Hoy ha llegado de muy mal humor y no voy a poner mi trabajo en peligro.

—Vale.

La puso en espera con aquella música que ponía de los nervios, mientras se apartaba el cabello de su cara ansiosa por escuchar su voz. Tavie con una taza de café en la mano la miraba desde la cocina apoyando la cadera en la encimera. Angustiada la miró a los ojos y su amiga se acercó sentándose a su lado en silencio.

—No puedo pasarte.

—¿Por qué? — preguntó al borde del llanto.

—No sé qué coño pasa arriba, pero su secretaria me ha dicho que el jefe ha llegado de un humor de perros y que les ha gritado que no quiere llamadas de una tal Symone Murray. Esa eres tú, ¿verdad?

—Sí.

—Te ha prohibido el acceso al edificio y ha avisado a los de seguridad. ¿Qué has hecho?

—Nada. — dijo llorando —Yo no he hecho nada.

—Pues lo tienes claro. —la chica parecía preocupada— Oye, si fuera tú le daría unos días. Tiene que tener un cabreo...

—¿Sabes si le ha prohibido el acceso a alguien más?

—No que yo sepa. Sólo a ti.

La había pagado con ella—Muy bien, gracias.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Todos los jueves va a jugar al squash al Center Sport de Madison.

Apretó el teléfono en sus manos— ¿Sabes la hora?

—A las once. Después se va a comer con sus amigos.

—Gracias... perdona no sé cómo te llamas.

—Me llamo Carol Anne. Ya era hora que lo preguntaras.

—Oye, que tú no sabías mi apellido hasta hace un minuto. —Carol Anne se echó a reír colgando el teléfono— Me pone de los nervios.

Tavie sonrió— Parece maja.

—Sí. —distráida miró la alfombra beige pensando en qué hacer. Todavía era martes y no podía esperar hasta el jueves— Me ha prohibido la entrada al edificio.

Tavie suspiró y después sonrió — ¿Y a mí?

—¿Qué?

—¿A mí me ha prohibido el acceso?

—No. — negó con la cabeza— Soy yo la que tengo que hablar con él.

—Puedo preguntarle por qué no tiene la decencia de cogerte el teléfono sin ninguna explicación.

—No. — se pasó la mano por la nuca— No quiero estropearlo más. Tengo que hablar yo con él. Pero antes tengo que enterarme de lo que ha pasado. — se levantó con dificultad— Voy a ver a Valeria.

—Te ayudo a vestirte y te acompaño.

Con la horrible escayola sólo pudo ponerse nada más que un pantalón del chándal gris y una sudadera. Cuando se bajaron del taxi ante la casa de Valeria, gimió al ver las escaleras.

—Venga, que te ayudo. — Tavie la ayudó a subir evitando que cayera por ellas.

—Gracias, eres la mejor.

—Recuérdalo cuando me eches de tu casa otra vez. — le guiñó un ojo divertida mientras tocaba el timbre, pero Symone no estaba de humor para reírse. Sujetándose en las muletas miró impaciente la puerta y cuando Jessica la abrió con los ojos hinchados de tanto llorar, se sintió fatal por ellos.

—Hola, ¿te acuerdas de mí?

— ¡Sí, eres la que ha ayudado a mi madre en esta locura! — le gritó furiosa.

Symone palideció atónita— ¿Qué?

— ¡Sino hubiera sido por ti, todo seguiría siendo igual! ¿Le aconsejaste que debía decírnoslo? ¿Para qué? ¿Quién eres tú para meterte en nuestras vidas? — preguntó agresiva.

—Yo no he querido... ellos se quieren y...

—¿Se quieren? ¿Y mi padre? ¿Y mi hermano? ¿Cómo te atreves a presentarte aquí después de todo lo que has hecho?

Tavie la miraba asombrada — ¡Oye, no le hables así! ¡Ella sólo quería lo mejor para todos!

—¿Mientras se tiraba a mi hermano? —miró a Symone con odio— Pues entérate bien, nosotros nunca aceptaremos a ese tipo, ¿me oyes? ¡Nunca pisará esta casa! ¡Nunca verá a mis hijos! ¡Si mi madre quiere tener algo con él, estará muerta para mí!

—No puedes hacerle eso. ¡Le ama! ¡Se ha sacrificado toda la vida por vosotros!

Jessica furiosa le gritó— ¡Fuera de mi casa! — fuera de sí la empujó por los hombros y Symone perdió el equilibrio cayendo de espaldas escaleras abajo. Tavie gritó horrorizada y Jessica se llevó la mano a la boca asombrada por lo que había hecho, mientras veían a Symone inconsciente en la acera.

Se despertó en la ambulancia y vio a Tavie a su lado llorando desconsolada. Gimió cerrando los ojos—Otra vez no.

— ¡Esa loca lo va a pagar! ¡Vamos a meterle una denuncia que se va a cagar!

Le dolía la cabeza y no quería pensar en eso —Dios, me estalla la cabeza.

—Tiene una herida muy fea que debió hacerse con un escalón, pero no creo que se haya roto nada. — dijo el auxiliar sanitario —Nada más quiero decir.

— ¡Esa puta! Tenía que haberle roto la cara— dijo Tavie furiosa —Ya puede tener un buen abogado.

—Déjalo ya, Tavie. — cerró los ojos, pero volvió a abrirlos— ¿Sabes algo de Richard?

— ¡Sí! — dijo furiosa— ¡Cuándo su hermana le llamó histérica llorando, le dijo que no hablara con la policía!

Symone palideció al escucharla— ¿Qué?

— ¡Sí! ¡Que hasta llegara su abogado, no dijera nada!

Sus ojos se llenaron de lágrimas— ¿No preguntó por mí?

Tavie negó con la cabeza viendo su sufrimiento y le cogió la mano— No te preocupes ahora por eso. Tienes que ponerte bien.

—¿No preguntó cómo estaba? ¿Si me había hecho daño?

—Voy a ponerle un sedante. — dijo el auxiliar —No puede ponerse así.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y miró al techo— ¿Y Valeria?

—La pobre se puso de tu lado, por supuesto. Cuando te vio tirada en la acera, casi le da un infarto. Le gritó a su hija que si estaba loca e intentó ayudarte, aunque la pobre no puede ni agacharse por la cicatriz.

— ¡Por favor, deje a la paciente! Esto no le conviene nada.

Tavie se mantuvo callada y ella no hizo más preguntas porque el dolor que tenía en el pecho sólo la dejaba llorar.

Cuando el novio de Tavie se presentó en urgencias y vio su estado, ordenó otro sedante que afortunadamente le hizo efecto. No se quedó dormida, pero se sentía mejor y mientras le hicieron mil pruebas, pasaba de todo lo que ocurría a su alrededor. Le pusieron diez puntos en la coronilla, pero le dio igual. Tenía un golpe muy feo en un codo y le costaba doblarlo.

— Te pondrás bien. — dijo su médico mirando de reojo a su amiga al ver que no decía nada —Esta noche te quedarás en observación pues perdiste el conocimiento, pero si todo va bien, mañana te irás a casa.

—Gracias, doctor.

—Por favor, llámame Brian.

—Gracias, Brian. — susurró mirando hacia otro lado.

—Tav, si me necesitáis estoy en planta. Enseguida la trasladarán.

—Vale.

Cuando Brian salió del box donde había estado atendiéndola, Tavie rodeó la camilla para mirarla a la cara y le acarició la mejilla— Todo esto pasará. Sé que te sientes horriblemente mal, pero lo superarás.

Symone sólo podía pensar que Richard estaba tan furioso que le daba igual lo que le pasara. No se podía creer que la tratara así. Le había ocultado lo de Patt, pero no era ella quien se lo tenía que contar. Que todo aquello lo pagara con ella, no era justo.

Cuando la trasladaron a planta, Tavie no sabía qué hacer con ella. No comió nada y no hablaba.

—Vete a casa. — dijo ella al verla inquieta sentada a su lado— Descansa. Yo me quedaré dormida enseguida con lo que me han puesto para el dolor.

—No quiero dejarte sola. Y no sólo por los golpes.

—Estoy bien. — forzó una sonrisa, pero le salió una mueca— Antes de darte cuenta, volveré a ser la de siempre. Sólo necesito tiempo para lamerme las heridas.

—Me siento aquí y veo como te despiertan cada tres horas. —dijo divertida.

—Serás torturadora. ¡Largo!

—¿Seguro?

—Seguro, vete.

Tavie la besó en la mejilla—Mañana me tienes aquí a primera hora para llevarte a casa.

—Hasta mañana.

—Haz que me llamen si me necesitas.

—Sí pesada, vete.

Su amiga le guiñó un ojo antes de salir—Descansa.

—Lo haré.

Cuando le llevaron algo de cenar, dijo que no tenía hambre y rechazó la bandeja— ¿Tiene náuseas?

—No, pero no tengo hambre. Por favor, llévesela.

La enfermera asintió y al salir de la habitación casi choca con alguien. Al ver a Patt en la puerta, cogió aire mirando sus ojos que reflejaban una profunda tristeza—

¿Cómo estás? — preguntó muy preocupado acercándose a la cama.

Se encogió de hombros intentando retener las lágrimas— ¿Qué ha pasado, Richard?

Suspiró sentándose a su lado— Pues lo que nos imaginábamos. No se lo han tomado nada bien. De hecho, Richard no habla con su madre por mucho que lo ha llamado.

—Por favor, empieza por el principio.

—Ayer al mediodía le llamé para que fuera a comer a su casa para celebrar que le daban el alta. Por supuesto también estaba Jessica y decidí decirselo en ese momento, pues los niños no estaban por allí. — al ver que no decía nada continuó— Les relaté nuestra historia lo más suavemente posible, pero Richard se puso como loco al conocer la nuestra relación preguntando quién era yo. Cuando le dije que ya me conocía, que tú me habías presentado, se quedó atónito. Preguntó si tú tenías algo que ver en nuestra relación y su madre decidió ser sincera

—Dijo que os había ayudado.

Patt apretó los labios antes de responder—Sí. No sé lo que ha pasado, pero han retorcido la historia de tal manera que te han echado a ti la culpa de que su madre se lo dijera. Y por supuesto no quieren saber nada de mí.

Symone intentaba no llorar— Lo siento mucho.

—¿Sabes una cosa? Es un alivio.

—¿Un alivio?

—Llevamos guardando este secreto media vida y estoy harto. La amo. Es el amor de mi vida y nadie nos va a impedir estar juntos de una maldita vez.

—¿Valeria piensa lo mismo?

—Sí. —sonrió con pena— Se ha puesto de mi parte. Es más, ha echado a su hija de casa por lo que ha hecho contigo. —se miraron a los ojos y le cogió la mano—

Siento lo que te haya hecho daño. No puedo creerlo todavía.

—No pasa nada. Estoy segura que no lo hizo a propósito. Estaba fuera de sí.

—Aun así, es injusto que lo haya pagado contigo.

—¿No tienes miedo de que no te perdonen?

—¿Te refieres a Jessica y a Richard? — asintió y Patt se encogió de hombros— Pero es que eso no está en mis manos. Hicimos lo mejor para todos en su momento, pero ahora son adultos. Es hora de que al fin vivamos nuestra vida.

Symone sonrió — Me alegro por vosotros. Espero que seáis muy felices.

—Gracias. Yo también espero que tú seas muy feliz, te lo mereces.

Parpadeó para evitar las lágrimas— No me perdonará.

—Espero que sí. Lo espero de todo corazón.

—¿Sabes? Durante un momento esperaba que fueras mi suegro.

Richard sonrió con tristeza —Se arreglará.

—No te lo crees ni tú.

Se miraron en silencio y cuando se abrió la puerta ambos vieron a Richard al otro lado. Tenía la cara tallada en piedra y se le notaba muy tenso — Volveré más tarde.

—No. — dijo Richard levantándose de la cama mirando a su hijo— Es hora de que me vaya. He quedado con tu madre para cenar juntos.

Un músculo en la barbilla de Richard saltó y muy tenso se apartó de la puerta mirándolo con odio. Symone no se lo podía creer. ¿Cómo podía tratar así a una persona que lo amaba tanto? Era su padre, por Dios. Richard la miró con pena y le dejó una tarjeta sobre la mesilla— Te la dejo porque no creo que tengas mi número después de que te robaran el bolso. También tienes el número de Valeria por si necesitas algo.

—Gracias, Richard. — él la besó en la mejilla y salió pasando al lado de su hijo, que ni le dirigió la palabra.

Symone le miró claramente decepcionada y Richard cerró la puerta — ¿Cómo estás?

— ¿Ahora te importa?

—En realidad no me importa nada. — dijo molesto mirándola como si quisiera perderla de vista. Symone desvió la mirada para que no viera que le había hecho daño y cuando algo cayó sobre su pecho lo miró algo sorprendida. Era un papel. Lo cogió lentamente porque le dolía el codo y vio que era un cheque por cincuenta mil dólares.

— ¿Qué es esto?

—Es una indemnización por los daños causados.

— ¿Qué?

—Por los daños que Jessica te haya podido ocasionar.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir? — le miró a los ojos — Después de todo lo que ha pasado, ¿es todo lo que me vas a decir?

—Te diría mil cosas, pero no estás en condiciones de oírlas.

— ¡Después de que tu hermana me abriera la cabeza, creo que merezco una explicación!

— ¡Creo que la explicación me la deberías dar tú!

— ¿Qué quieres que te explique, Richard? ¿Qué conocí a un hombre que estaba desesperado porque no había llegado su carta semanal y no sabía nada del amor de su vida? ¿Qué pensaba que le había pasado algo y no sabía qué hacer? ¿Qué me ofrecí gustosa a enterarme y te conocí?

— ¡Le ayudaste!

— ¡Sí! — le gritó— ¡Le ayudé porque una persona que lleva toda su vida amando a otra, sacrificándose por vosotros, merecía toda la ayuda que pudiera darle!

— ¿Sacrificándose? ¡Engañaron a mi padre! ¡Y a mí! — gritó fuera de sí.

— ¿Qué querías que hiciera tu madre? ¿Dejar a tu padre enfermo del corazón y decirle que su hijo no era suyo? ¡Eso le habría matado! — Richard palideció— ¡Me parece increíble que no llegues a comprender todo lo que han hecho por ti y ese hombre que dices que es tu padre, cuando Richard se ha sacrificado por ti toda su vida! ¡Y cuando ya eras adulto a tu madre le aterrorizaba tu reacción y con razón! ¡Porque por como te has comportado, por como se ha comportado tu hermana, sólo confirmáis que os conocen muy bien!

—Si estás intentando convencerme.

— ¡No intento convencerte!

La puerta se abrió de golpe entrando una doctora— ¿Qué ocurre aquí? ¿Cómo se les ocurre gritar en un hospital? — miró a Richard — ¿Es que no se da cuenta que está enferma?

—Enfermo me pongo yo sólo con mirarla. — dijo saliendo de la habitación a toda prisa mientras Symone palidecía.

La doctora asombrada le dijo en el pasillo— ¡No vuelva por aquí! — entró en la habitación cogiendo su historial y murmurando—Será cretino.

Symone no la escuchaba, sintiendo unas ganas de llorar terribles. Así que le ponía enfermo. Bueno, eso debía significar que ya no quería nada con ella. Sería mejor que se olvidara del todo. Desde que le conocía se había pasado más tiempo persiguiéndole y sufriendo que siendo feliz. Aunque esos momentos habían sido perfectos.

La doctora se acercó a ella y le pasó una lamparilla por los ojos— No llore. — le susurró limpiándole las lágrimas con el pulgar —Yo también discuto con mi marido y al final se soluciona.

Entonces recordó las palabras de Richard la noche que se encontraron el club y susurró—No es nada mío.

Capítulo 8

Cinco semanas después.

— ¿Qué haces? — preguntó Tavie entrando en casa con su horrible uniforme del supermercado. Estirada en el suelo intentaba hacer los ejercicios que necesitaba para recuperar la función de la pierna más rápidamente —Mañana empiezo a trabajar.
— ¿Ya? — Tavie dejó su bolso sobre la butaca— ¿Y pasarte paseando medio día por todo Nueva York?
— Sólo por mi ruta.

— ¡No puedes trabajar así! — su amiga se sentó ante ella al estilo indio— ¿Qué pretendes?
— Necesito salir de casa.

Tavie suspiró y miró su pierna que todavía estaba algo hinchada. Al menos todo lo demás había desaparecido.

— ¿Y por qué no aceptas el ascenso? Al menos estarás en la central y será menos pesado.

— Necesito ver a mi gente. — cerró los ojos doblando la rodilla — Hablar con otras personas.

— Necesitas saber de él.

Abrió los ojos — ¡No! No quiero saber nada de él.

— ¡Mira, a mí no me mientas! ¡Llevas todo este tiempo esperando a que te llame, pero si no lo ha hecho ya, no va a hacerlo!

— ¿Crees que no lo sé?

— Entonces acepta el trabajo en la central. ¡Es más dinero y un trabajo más cómodo!

— ¡Y aburrido!

— ¡Vale! ¡Haz lo que quieras! De todas maneras, no vas a hacerme caso. Me voy a cambiar, que Brian va a pasar a recogerme.

— Muy bien.

Miró a su amiga de reojo que de malos modos se quitó la camisa del trabajo y cuando se volvió otra vez, puso los ojos en blanco porque en menos de un segundo empezaría de nuevo a darle la tabarra.

— Mira, sé que estás loca por ese tipo. ¡Pero no te merece!

— Lo sé. — susurró masajeándose el muslo — Lo sé muy bien.

— No quiero que te haga daño de nuevo. ¿Por qué no sales con nosotros? Vamos a ir al cine y ...

— No, gracias. Prefiero irme a dormir para estar bien mañana.

— ¿Seguro? A Brian no me importará.

— De veras. Quiero darme un baño e irme a la cama.

Tavie golpeó su pierna con su camisa y se dio por vencida— Muy bien.

Cuando estaba en la cama un par de horas después, abrazó la almohada suspirando. Esperaba que al día siguiente no lloviera.

Al llegar al trabajo, saludó a sus compañeros y se presentó ante su supervisora. La señora Liles hizo una mueca al verla con su uniforme—Así que vas a trabajar.

— Sí, me reincorporo hoy.

Suspiró poniéndose el lápiz en la oreja y mirándola bien— Tengo que cambiarte de ruta.

— ¿Por qué?

— Porque Jimmy ha tenido una angina de pecho y tu sustituto ya domina la tuya.

Symone palideció— ¿Jimmy?

— Tranquila, está bien. Se jubilará en cuanto le den el alta, así que necesito alguien fijo en su ruta.

No sabía qué decir e intentó pensar rápidamente —Pero mi ruta ...

— Como te he dicho, tu sustituto ya la domina, así que te paso a ti a la de Jimmy. No voy a hacer que el pobre chico empiece de nuevo.

— Yo tengo más antigüedad y ...

La señora Liles entrecerró los ojos— ¿Por qué protestas? Pensaba que estarías contenta. Estás más cerca y es menos trabajo. En los edificios de oficinas entregas las cartas en recepción y no una a una.

Se sonrojó porque tenía razón, pero sólo pensar que se podía encontrar con Richard la ponía muy nerviosa.

— Vete a recoger tu carro y te voy a dar algunas especificaciones.

— ¿Especificaciones?

— Ahora te lo explico.

Pensando en ello fue hasta su carrito y tiró de él hasta donde se encontraban las cartas que tenía que llevar. Las colocó por zona de entrega y cuando se acercó a la señora Liles venía con un paquete en la mano. No era muy grande, pero gimio al darse cuenta que también tendría que entregarlo.

— Esto es para Thorton Internacional. Certificado. Ten cuidado porque es delicado.

Mierda. Cogió el paquete y al ver a quién iba dirigido palideció. No podía tener tan mala suerte.

— Repito, ten cuidado. — dijo su jefa — Al parecer el anterior llegó roto y se ha montado una buena.

— ¿Le echaron la bronca a Jimmy?

— No, fue con el chico que le sustituyó. Ya han pasado dos. — se acercó para susurrarle — Al parecer el dueño de ese edificio es amigo de cierto jefeazo. No metas la pata. Eso que llevas ahí debe ser muy importante para mover tantos hilos.

Abrió los ojos como platos— ¿Se han quejado de los dos?

— Sí y he tenido que reubicarlos. Así que no metas la pata porque te quiero en esa zona. Estoy harta de ese tipo.

— Está bien. — respondió al verla tan molesta.

— Hablo en serio. Tu baja me ha ocasionado muchos problemas y ahora encima esto.

— Sí, señora. — se colocó el paquete bajo el brazo y salió empujando su carrito.

Una hora después estaba agotada. Le dolía la pierna y sólo quería irse a casa. Durante las dos horas siguientes sólo quería gritar por ser tan estúpida, así que cuando entró en el edificio Thorton estaba irritada y con ganas de matar a alguien. Se acercó a recepción y dejó el paquete sobre el mostrador. Carol Anne arqueó una ceja— ¿Un mal día?

— ¡Dios, sólo quiero morirme! — abrió el carrito para dejar la correspondencia al lado del paquete — Por cierto, no te he traído el dinero, pero ahora que sé que te voy a ver, te traeré un cheque mañana.

Al levantar la vista Carol Anne tenía el ceño fruncido— ¿Qué?

—No han pasado los dos meses. ¿Qué pasa? Te duele la pierna y te has rendido, ¿o qué?

—No estoy para bromas. —dijo agobiada cogiendo el paquete— Tengo que subir a dirección.

—Deja ahí el carrito. Yo te lo vigilo.

—Gracias. —sonrió y se giró hacia los ascensores. El día estaba yendo de fábula. ¡Y encima tenía que acordarse de firmar el cheque de mil pavos para Carol Anne por tener la boca demasiado grande!

Se acarició el muslo mientras miraba nerviosa las luces del ascensor. Al mirarse en el espejo hizo una mueca porque tenía un aspecto horrible— A la mierda. —siseó sin importarle.

Cuando salió del ascensor, fue hasta la mesa de su secretaria, que abrió la boca asombrada en cuanto la vio— Traigo un paquete. —dejó el paquete sobre la mesa y sacó el aparato para que firmara electrónicamente.

—Oh...—nerviosa miró a su compañera —Pues es que verá, el jefe no está.

—¿Y? Usted me dijo la última vez que se encargaba de recoger las certificadas. — señaló el paquete— Pues este es certificado. Firme aquí. — le señaló la pantalla.

—No puedo.

No se podía creer lo que le estaba pasando. ¿Tenía que entregárselo a él? —Bueno, pues me lo llevaré a la central y que lo vaya a recoger allí.

Se dispuso a sacar su resguardo de certificados cuando la secretaria se levantó — Un momento. Creo que está en el edificio. ¿Podría esperar cinco minutos?

—Tengo mucho que hacer. —dijo con mala leche porque no quería quedarse allí ni un segundo más.

—Serán unos minutos. Por favor.

—Vaya amable que es usted cuando quiere algo. —dijo sonrojando intensamente a la mujer. La señaló con el bolígrafo— Pero tengo prisa. Siento no poder ayudarla.

Empezó a rellenar el formulario y la secretaria hizo un gesto a la otra mujer, que levantó el teléfono a toda prisa.

—Siento haber sido un poco borde cuando hablé con usted por teléfono, pero...— Symone levantó la mirada y la secretaria abrió los ojos como platos.

—¿Cómo sabe que habló conmigo? ¿Sabe cómo me llamo?

—El señor Thorton la llamó Symone la otra vez que vino.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Hizo una mueca y volvió a escribir. Firmó a toda prisa con intención de salir de allí y arrancó el recibo dejándolo sobre la mesa— Ya está.

—Un momento, por favor. —dijo cogiendo el paquete antes de que Symone reaccionara— ¡No se lo puede llevar!

— ¡Por el amor de Dios, déme el paquete!

— ¡No! ¡Sólo serán unos minutos!

La miró como si estuviera mal de la cabeza— ¡Lo tendrán en la central! ¡Richard puede ir a recogerlo allí!

—Lo necesitamos. —dijo la mujer — ¡No se lo puede llevar!

Se cruzó de brazos—Mira, no quiero ser borde, pero me estás poniendo de los nervios. ¡Firma el recibo!

— ¡No!

La otra secretaria se puso al lado de la del paquete como si temiera que se tirara sobre ella para recuperarlo —No es de tu propiedad. Soy responsable de él hasta que Richard lo recoja. ¡Firma el recibo!

La puerta del ascensor se abrió en ese momento y Richard salió al hall. Verlo después de tanto tiempo le alteró el corazón y se miraron durante unos segundos. Hasta que recordó que le ponía enfermo y apretando los labios cogió el aparato de firma electrónica y se acercó a él mirando sus impecables zapatos de cordones negros.

— Firma aquí.

—Estás cojeando. —dijo suavemente provocando que su vello se erizara.

—Firma la entrega.

Él cogió el aparato y ella apartó la mano para que no la tocara. Cuando le vio girarse e ir hacia el despacho miró su espalda atónita— ¡Eh! ¿Qué coño estás haciendo?

Richard no le hizo ni caso y entró en su despacho dejando la puerta abierta. Furiosa fue tras él y cuando entró en el despacho, se sobresaltó al verle tras ella cerrando la puerta— ¿Qué haces? ¡No me hagas perder el tiempo, que tengo reparto!

Él la miró muy serio y se acercó a ella, pero Symone dio un paso atrás — No tienes buen aspecto.

—Vaya, gracias. ¿Ahora me devuelves ese aparato? Lo necesito para trabajar. —dijo entre dientes extendiendo la mano.

—¿No crees que tenemos que hablar?

—No, no lo creo. —alargó más la mano y Richard sonrió mirando el aparato— ¿Has firmado? ¡Tengo las cartas en el hall y me estoy empezando a poner nerviosa!

—Tranquila. La recepcionista se encargará.

—Carol Anne tiene trabajo que hacer aparte de cuidar mis cartas.

Richard la rodeó y fue hasta su escritorio sentándose parcialmente en él. El día estaba empeorando por momentos —Iba a llamarte. —el corazón de Symone saltó como queriendo salirse del pecho— Pero he decidido que es mejor así.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Estás enfadada por mi comportamiento y lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —le gritó— ¿Y qué es lo que entiendes?

—No nos lo tomamos muy bien y me he dado cuenta que tú no tenías la culpa de nada.

Symone parpadeó —Así que te has dado cuenta que yo no tenía la culpa de nada. —hizo una mueca— Muy bien, ¿ahora me devuelves ese chisme?

Richard suspiró mirando el aparato entre sus manos— No sabes lo que se siente al enterarte que toda tu vida es una mentira.

—¿Al enterarte que las personas que están a tu lado te quieren tanto que sacrifican toda su vida por ti? ¡Sí, debe ser horrible! — se acercó furiosa— ¡Lo que es horrible es tener una madre drogadicta, que se ha pasado media vida en rehabilitación! Eso sí que es horrible. ¡Y no saber quién es tu padre! Que te críe una abuela, que no soporta tu presencia porque siempre le recuerdas que no supo hacer las cosas bien. — Richard palideció levantándose del escritorio— ¡No me hables de cosas horribles porque no tienes ni puta idea! —se volvió furiosa— Quédate el maldito chisme. Me importa una mierda. —salió del despacho a toda prisa y llegó hasta el ascensor golpeando el botón.

—Toma.

La voz de Richard tras ella la hizo volverse y al ver el registro electrónico en sus manos se lo arrebató para comprobar que estuviera firmado. Se giró para mirar las puertas metálicas ignorando su reflejo tras ella.

— Lo siento. —dijo en voz baja— Siento haberte tratado así y haber dicho todo lo que te dije.

—Ahora ya da igual.

Entró en el ascensor y pulsó el botón del bajo. Se miraron a los ojos. Richard impidió que las puertas se cerraran— ¿Sabes? Mañana vamos a ir a cenar todos juntos para conocernos mejor.

—Me alegro mucho. —impaciente miró sus manos— Tengo que irme. Voy retrasada y me echarán la bronca.

Richard apretó los labios antes de soltar la puerta— Hasta mañana, nena.

Reprimió las lágrimas respirando hondo y cuando llegó a recepción miró a Carol Anne— Gracias.

—De nada. —respondió preocupada viéndola salir.

Cuando llegó a casa Tavie le preguntó cómo había ido, pero al ver que echaba hielo en la bañera hizo una mueca— Joder, eso va a doler.

—Sólo al principio.

Se metió en la bañera y cerró los ojos — ¿Te encuentras mejor?

—No. — gimió antes de echarse a llorar.

— ¡Por Dios, sal de ahí! ¡Me pone los pelos de punta sólo verte!

—Es bueno para la pierna.

—Pues el chichi te lo agradecerá con una cistitis.

Miró sorprendida a su amiga antes de echarse a reír. Dejó que la envolviera en una toalla y la llevó hasta su habitación.

— ¿Qué pasa?

Se sentó sobre la cama— Me han cambiado de ruta.

Tavie jadeó llevándose la mano al pecho— ¡No!

—Sí, y tengo el privilegio de repartirle el correo.

— ¿Le has visto?

— ¡Casi me han secuestrado el paquete para que él firmara el recibo!

—Explícate.

Le contó todo lo que había pasado y su conversación. Tavie entrecerró los ojos— ¿Le hablaste de los problemas de tu madre? Nunca se lo dices a nadie.

—No me avergüenzo de ella. Le ha costado, pero ha conseguido salir de esa mierda.

—Lo sé, pero nunca se lo dices a nadie. Nunca hablas de eso.

—Tampoco le he dicho tanto. Sólo fue un impulso.

Tavie asintió y después sonrió divertida— Se ha tenido que quedar de piedra. Debe pensar que le crees un llorica.

—Lo es. Me hubiera gustado verle criarse en nuestro barrio.

—Con lo guapo que es, seguro que sería el rey de las nenas.

Sonrió con pena— Sí que lo sería.

—Es bueno que se haya disculpado. —la abrazó por los hombros— Así que la familia feliz mañana se va a cenar.

—Pues sí.

—Me alegro por ellos. Para celebrar eso y que me han ascendido vamos a pedir una pizza. Invito yo.

Miró asombrada a su amiga— ¿Te han ascendido? ¡Si llevas trabajando poquisimo en ese sitio!

Hizo una mueca— El personal les dura poco. Faltan opciones.

— ¡Es genial! — se levantó y la abrazó— Me alegro mucho. —se apartó asombrada— ¿Has dicho que me invitas tú?

—Ja, ja. Qué graciosa.

A la mañana siguiente se tomó las cosas con calma y cuando vio llegar a la señora Liles con otra caja hizo una mueca— ¿Qué ocurre? ¿Piensan enviar una por día?

—Al parecer. — la mujer la dejó sobre la mesa de reparto—Al menos contigo no ha habido quejas. Buen trabajo.

Suspiró y cogió el puñetero paquete. Decidió dejar el Thorton para el final, porque si la tenían esperando otra vez, no retrasaría el resto de las entregas.

Llegó tardísimo, casi a las tres porque había tenido mucho trabajo y encima iba más lenta de lo normal. Cuando dejó la caja sobre el mostrador Carol Anne suspiró dejando al lado del paquete un bote de coca-cola — ¿Para mí?

—Creo que la necesitas.

—Eres una reina.

—Sí, ya. ¿Dónde está mi cheque?

— ¡Mierda! — se mordió el labio inferior abriendo la lata— Te lo traigo mañana. Se me ha olvidado, de verdad. No me escaqueo.

Carol Anne sonrió— Eso ya lo sé. Además, podemos olvidar la apuesta.

—No, una apuesta es algo serio. Te pagaré.

— ¿Qué apuesta?

Ella que estaba bebiendo de la lata, se atragantó con las burbujas al oír la voz de Richard y escupió sobre la cara de Carol Anne— ¡Mierda, Symone! — se miró la camisa que estaba llena de puntitos marrones— ¡Te voy a matar!

—Lo siento. —dijo tosiendo intentando reprimir las lágrimas. Miró a Richard tras ella que las observaba divertido— ¿Ves lo que has hecho?

—Sí. —miró a la recepcionista—Cómprate otra camisa y pasa el recibo a administración.

Carol Anne sonrió—Bien, señor Thorton.

— ¿Qué apuesta?

—Nada que te incumba. — dijo ella sacando el aparato de su cazadora— Firma aquí.

— ¿No me lo subes hasta el despacho? — cogió el aparato divertido.

—No, sólo tengo que entregártelo. No dice dónde. Firma.

Él hizo una mueca y firmó. Iba a entregarle el aparato, pero antes de que lo cogiera lo apartó— ¿Quieres venir a cenar esta noche?

—No, gracias. — respondió ácida— No tengo ganas de que tu hermana me abra otra vez la cabeza.

Carol Anne abrió los ojos como platos sin perder detalle. Symone se agachó para coger las últimas cartas y las dejó sobre el mostrador.

—No lo hizo a propósito.

—Me pusieron diez puntos. A propósito o no, tuve que sufrir su rabieta. —Richard apretó los labios— ¿Qué? ¿Ahora queréis hacer de familia feliz? Me parece estupendo, pero a mí no me metas.

—Está muy arrepentida.

—Me alegro, es para estarlo. — estiró la mano e intentó coger la máquina de entregas.

— ¡Podías haber cobrado el cheque! Te lo di para eso.

Le miró con desprecio y a Richard se le cortó el aliento— Lo he enmarcado para recordar que cuando me miras te pongo enfermo.

Carol Anne jadeó— ¡Señor Thorton, tiene prisa y le duele la pierna!

Richard la miró furioso y le tendió ese maldito chisme — Ya me disculpé por eso.

—Te disculpas demasiado. ¡Asume lo que haces de una buena vez y deja de juzgar a los demás! — furiosa caminó hacia la puerta tirando de su carro vacío.

Afortunadamente los días siguientes no le vio y estuvo más tranquila. Carol Anne no comentó nada del asunto. Sólo le dijo que se había comprado una camisa de trescientos dólares para que se fastidiara.

Le llevó el cheque, pero se negó a cogerlo— No, de verdad. Una deuda es una deuda.

—No puedo aceptarlo. —la miró a los ojos— Sobre todo teniendo en cuenta que no te habías montado una película. Casi has ganado tú y lo has demostrado. ¿Qué

te parece si me invitas a cenar?

— ¿A cenar?

— Sí, hay un restaurante japonés al que quiero ir. Y hay un disco que abre este fin de semana.

— Tengo la pierna como para estar de danza. — dijo haciéndola reír.

— Vamos, el sábado habrás descansado. Lo pasaremos bien. Apuesto que hace mucho que no sales.

— Está bien.

— ¡Oye! ¡Que parece que te estoy sacando una muela! ¡Y ponte guapa! — escribió algo en un papel— Este es mi número, ¿y te lo había dicho? Ponte guapa.

— No siempre voy con esta pinta, ¿sabes?

— Repito, ponte guapa.

Capítulo 9

El sábado miraba desesperada su armario porque si quería aguantar no podía llevar tacones y no tenía un solo vestido con el que le pegaran sus zapatones de cartera. Se echó a reír al imaginar la cara de Carol Anne si llegaba con un vestido ajustado y zapatones. Tavie se acercó a su habitación y sonrió— ¿Qué pasa?

—No tengo qué ponerme para salir con Carol Anne.

Tavie sonrió y salió de su habitación volviendo dos minutos después con un vestido negro ajustado y unos zapatos con poco de tacón — ¿De dónde has sacado esos zapatos?

Se acercó a ella y cogió el par mirando el número— ¡Son de mi talla!

—Son un regalo para ti. Por cuidar de mí como una hermana.

Sorprendida la miró emocionada —Gracias.

—De nada. Ahora ponte guapa que te quiero ver.

Y lo hizo. Se duchó y como estaba lloviendo, no se molestó en planchar su pelo dejando sus rizos perfectos. Se maquilló un poco más que de costumbre, pintando sus labios de rojo y marcando más la línea de sus ojos. Cuando se puso las medias a medio muslo con la ropa interior negra, se vistió con su nuevo vestido que le quedaba como un guante. Jadeó al ver la espalda al aire y al ponerse los tacones comprobó que eran perfectos para ese vestido de tubo. Su amiga silbó a su espalda— Estás de portada.

Sonrió mirándose al espejo mientras se echaba perfume— Te gusta, ¿eh?

—Te hace un culito muy mono.

Se volvió mirándose el trasero y sonrió—Gracias.

—Ahora pásatelo bien y usa condón.

— ¡No seas burra!

Tavie se echó a reír —Venga, date prisa. Está lloviendo y no vas a encontrar taxi.

Su amiga tenía razón, porque cuando se bajó del taxi en el Soho llegaba diez minutos tarde. Entró en el restaurante casi corriendo y cuando llegó al maître se quitaba el abrigo que estaba mojado— Hola, creo que me están esperando.

— ¿Su nombre, señorita?

—Symone Murray.

—Sí, su pareja ya ha llegado. Deme el abrigo y la acompañó.

Sonriendo le dio el abrigo que a su vez entregó a una mujer que se acercó rápidamente para asistirle. Divertida siguió al maître hacia el comedor. Miró a su alrededor siguiéndole, pero no vio a Carol. Cuando se apartó de delante y vio a Richard ante ella se quedó sin palabras— ¿Qué haces tú aquí? — preguntó molesta.

El maître apartó la silla para que se sentara, pero no se movió del sitio. Richard sonrió haciendo un gesto con la mano mientras se levantaba y el hombre desapareció.

— Nena, vamos a cenar. ¿Te sientas? — la miró de arriba abajo— Estás preciosa. —cuando sus ojos llegaron a los suyos Symone se estremeció— Vamos cielo, siéntate.

—He quedado con Carol.

—Habías quedado con Carol, pero la he sustituido.

—Porque sabías que no quedaría contigo.

—Exacto. Nos están mirando. ¿No quieres sentarte?

— ¡Me importa una mierda que nos miren! — dijo entre dientes. Se volvió para irse, pero Richard la cogió del brazo llevándola hasta la silla.

—Nena, tenemos que hablar y aquí hacen la mejor comida japonesa de Nueva York.

—No tengo hambre.

— ¿No quieres saber cómo nos fue la cena?

Dejó que la sentara en la silla y un camarero se acercó de inmediato con una botella de vino blanco— ¿Ya has pedido?

—Sabía que te resistirías un poco. Eres terca en todos los sentidos y ahora que me odias no iba a ser fácil.

—No te odio. — siseó mientras el camarero servía la copa de Richard.

La miró a los ojos— Me alegra oír eso.

Nerviosa cogió su copa de vino y bebió mirando a su alrededor. Cuando dejó la copa ante ella tomó aire— Bueno, ¿y cómo fue?

—Nena, mírame.

— ¿Estoy obligada a ello?

Él suspiró y dijo divertido— Una vez dijiste que yo era un cobarde. — lo miró sorprendida— ¿Recuerdas? Cuando hablé con aquel siquiatra. —Symone chasqueó la lengua— Sí, otra de mis brillantes ideas. —ella bebió otro trago —No imaginaba que la cobarde fueras tú.

—Estás mal de la cabeza. — dijo levantándose de la silla y cogiendo su bolso— ¡Ahora escúchame bien! ¡Si alguien apostó por lo nuestro, esa he sido yo! — dijo a voces— ¡Tú nunca nos diste ni una puñetera oportunidad! ¡No vengas ahora a darme lecciones!

Se volvió dándole la espalda y cuando llegó al maître su abrigo ya estaba esperando. Se lo arrebató de la mano y sin ponérselo empujó la puerta para salir. Y al llegar al exterior se cubrió con el abrigo acercándose al asfalto— ¡Taxi!

— ¡Nena, vuelve dentro, te estás empapando!

— ¡Déjame en paz!

Richard la cogió del brazo girándola furioso— ¡Sé que crees que soy un niño que lo ha tenido todo! ¡Y que soy un egoísta que sólo piensa en sí mismo! ¡Pero te juro que desde que me he dado cuenta de lo estúpido que he sido, sólo puedo pensar en ti!

— ¡No quiero que pienses en mí! ¡Quiero que me dejes en paz!

— ¡Te quiero! — Symone sintió que se quedaba sin aliento— Te quiero, nena. ¡Y siento haberte hecho daño!

Los ojos de Symone se llenaron de lágrimas— No me quieres.

—Claro que sí. Lo siento mucho, preciosa. — la abrazó a él y le dijo al oído— Necesito que me perdones.

Symone le empujó por los hombros y le miró asombrada sin importarle empaparse— No me quieres, Richard. — dijo con voz fría.

— ¿Por qué me dices eso?

—Porque si me quisieras nunca me habrías hecho daño.

—Lo siento. ¿Cómo quieres que te lo diga? — gritó frustrado.

—No es cuestión de decirlo más alto o más bajo, Richard. Es cuestión de demostrarlo y tú no lo has hecho nunca. — se volvió dejándolo de piedra y empezó a

caminar calle abajo acelerando el paso a cada metro que se alejaba. Cuando dio la vuelta a la esquina se echó a llorar sin poder evitarlo y se tapó la cara con el abrigo intentando disimular. Afortunadamente era de noche y nadie la miraba.

Al llegar a casa se quedó de piedra al verle ante su puerta— Me habías preocupado. — dijo mirándola fijamente y al ver sus ojos llorosos suspiró pasándose la mano por su pelo húmedo —Me has dicho que nunca te lo he demostrado, pero quería decirte que sí que lo he hecho. —sonrió con tristeza— Lo que pasa es que no te has dado cuenta y lo entiendo. —Symone se mordió el labio inferior —Pero a partir de ahora intentaré que eso no vuelva a pasar.

— ¿Qué quieres decir?

—Te quiero, nena— dijo mirándola muy serio— Te quiero en mi vida y te quiero a mi lado. Sé que lo he hecho fatal al no demostrártelo desde que me propusiste matrimonio, pero no estaba preparado para enamorarme a primera vista. No estaba preparado para ti.

— ¿Y te has dado cuenta ahora? — preguntó sin creerse una palabra.

Richard apretó los labios— Me di cuenta en el momento que te vi tumbada en esa cama y miraste el cheque. Vi el dolor en tus ojos y tu incredulidad. Supe en ese momento que te amaba y te estaba haciendo daño.

Los ojos de Symone se llenaron de lágrimas— Y aun así continuaste gritándome.

— ¡No quería admitirlo!

— ¡Lo siento por ti! ¡Debe ser horrible quererme! — sacó las llaves de su bolso y fue hasta la puerta.

—Entiendo que estés dolida, pero lo solucionaré.

—Esto no tiene solución. —se volvió hacia él fuera de sí— ¿Cómo te atreves a decirme todo eso y quedarte ahí esperando a que te perdone? ¡Todas estas semanas he pensado que me odiabas! — Richard palideció— ¡Todas estas semanas he pensado que no me querías! — gritó desgarrada.

Intentó tocarla y ella abrió la puerta a toda prisa. Le miró con sus ojos verdes y le dijo fríamente— Olvídate de mí.

—Eso no va a pasar. Lograré que me ames otra vez.

—Si eso ha pasado alguna vez, nunca volverá a pasar.

Richard palideció— Nena, no digas eso.

—Adiós, Richard. — cerró la puerta.

Temblando se dejó caer en el sofá sin darse cuenta que lo estaba mojando y escuchó los pasos alejándose de la puerta. No supo cuanto tiempo se quedó mirando la puerta, pero era bien entrada la noche cuando se levantó y se quitó la ropa tumbándose en la cama desnuda cubriéndose con las mantas. No durmió nada en toda la noche y cuando se levantó agotada, decidió que un café era lo mejor para despejarse, así que se puso su albornoz.

Estaba mirando por la ventana cuando llamaron a la puerta — ¿Sí?

—¿Symone? — la voz del padre de Richard la puso alerta— ¿Podemos hablar?

—No creo que sea lo mejor. — dijo acercándose.

— ¿Estás enfadada conmigo?

Suspiró dejando la taza de café sobre la mesa y fue a abrir la puerta. Él sonrió al verla y ella correspondió a su sonrisa— ¿Cómo estás, cielo?

—No creo que deba contestar esa pregunta. — se apartó para dejarle pasar.

—Sí, ya me ha dicho Richard que lo de la cena fue una idea pésima.

—Me alegro de que ahora tengas una relación tan buena con tu hijo. —dijo irónica.

Patt se sentó en el sofá— Estoy seguro que sí que te alegras.

Se avergonzó de sí misma y se pasó las manos por sus rizos castaños que estaban hechos un desastre — Lo siento. Me alegro mucho, de verdad.

—Lo sé.

— ¿Quieres un café?

—Sí, gracias. Empieza a hacer mucho frío. Se acercan las Navidades.

—Este año serán distintas, ¿verdad?

—Todavía no hemos hablado de eso, pero supongo que sí.

Sonrió y le sirvió la taza de café—Eso es estupendo.

—Nos vamos a casar.

Se volvió con la taza en la mano y le miró asombrada antes de echarse a reír— Dios mío, felicidades.

—Gracias. — dijo cogiendo su taza.

—Oh, perdona. ¿Quieres azúcar o ...

—No, lo tomo solo.

—Así que os casáis. — todavía en shock se sentó en la butaca.

—Sí, dentro de cinco días. El viernes y queríamos que fueras la madrina. —emocionada se llevó una mano al cuello.

— ¿Yo? ¿No preferís que sea Jessica u otra persona?

—No, queremos que seas tú. Será algo íntimo, pero estarán los chicos.

—Me alegro muchísimo por vosotros, pero...

—Richard va a estar allí, pero sé que lo harás por nosotros. Además, Jessica se quiere disculpar.

Suspiró levantándose del sillón — No creo que sea buena idea y si Jessica quiere disculparse podía haber venido en cualquier momento. Ya es mayorcita.

—Entiendo que estés dolida, pero no haces bien.

Le miró sorprendida— ¿Qué?

—Tú sabes las dificultades que hemos tenido Valeria y yo. ¿Acaso crees que no nos hemos hecho daño?

—Bueno... sí, claro. Ella estaba casada y tú esperando y esperando.

Richard se echó a reír— Yo también le he hecho daño, Symone.

— ¿Tú?

—En una ocasión hartado de la situación, le fui infiel.

Symone le miró incrédula— ¡Estaba casada con otro!

—Pero sabía que me amaba. ¡Y yo la amaba a ella! ¡La traicioné y le dolió igual que si fuera una infidelidad de pareja! Porque somos una pareja. —Richard suspiró —

Lo que te quiero decir es que a veces te hacen daño y precisamente porque quieres a esa persona, duele más. —la miró a los ojos— ¿No le vas a perdonar?

—No estoy enfadada con su reacción al enterarse de lo vuestro.

— ¿Ah, no?

Negó con la cabeza— Me lo esperaba, ¿sabes? Era lógico que se enfadara cuando supiera que yo había tenido algo que ver.

—Entonces ¿por qué estás enfadada?

—Es su poca preocupación por mi estado cuando estaba tirada en la calle lo que no soporto. — sus ojos se llenaron de lágrimas— Dime, Richard. Si Valeria estuviera inconsciente en el suelo, ¿tú qué dirías? Él le pidió a su hermana que no hablara con la policía.

—Dios mío, lo siento. No lo sabía.

—No se preocupó por mí en ningún momento y cuando llegó al hospital sólo me recriminó mi actitud y me tiró un cheque a la cara por los posibles daños ocasionados.

Richard la miró avergonzado— Lo siento de verdad.

—No te disculpes por él. — se giró hacia la ventana — ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, por supuesto.

—No me quiere. Si me quisiera no se habría comportado así. Se siente culpable, eso es todo.

Richard se acercó a ella y acarició sus hombros— No te preocupes. Le diré a Valeria que no puedes venir. Se decepcionará, pero hablaré con ella para explicarle la razón.

—Gracias. — acarició su mano sobre su hombro y le miró— Os deseo toda la felicidad del mundo.

—Y yo a ti, hija. Y yo a ti.

El lunes no había paquete para el edificio Thorton y eso la alivió. Cuando vio a Carol Anne no le comentó nada de lo del sábado— ¿Estás enfadada conmigo? — preguntó la chica cogiendo el correo y tirándolo en el carrito.

—No. — susurró revisando que no hubiera más cartas que tuviera que entregar allí.

—No salió bien, ¿verdad?

—No, no salió bien. Hasta mañana. — tiraba del carrito hacia fuera cuando vio a la secretaria de Richard en la puerta hablando por teléfono. La saludó con la mano y ella sonrió siguiendo su camino. Cuando llegó al exterior dos hombres con pinta de guardaespaldas la detuvieron. Confundida les miró— ¿Ocurre algo?

—Seguridad. Acompáñenos al interior.

—Tengo que trabajar. — asombrada vio que la cogían del brazo.

—Tenemos que revisar su carrito...

— ¿Por qué?

Se quedó de piedra cuando la llevaron al interior, pero cuando la metieron en el ascensor entrecerró los ojos— Le voy a matar.

—Disculpe, ¿ha dicho algo?

— ¡Oh, cierra el pico! — molesta se cruzó de brazos dando golpecitos con el pie mirando las luces. Hizo una mueca cuando se abrió en el último piso y cuando se abrieron las puertas fue directamente hacia el despacho de Richard sin esperar a que la agarraran otra vez— Tranquilos, ya sé el camino.

Entró en el despacho cerrando de un portazo y se puso furiosa al verlo sentado tras su mesa hablando por teléfono. Sonrió al verla— Jessica, te dejo que está aquí Symone. — se echó a reír y ella deseó tirarle algo a la cabeza— Puede... ya veremos. Dales un beso a los chicos. —colgó el auricular sin quitarle la vista de encima — Hola nena, ¿no has descansado el fin de semana?

—Púdrete.

Él hizo una mueca— Al fin me he enterado porque estás tan molesta y tienes razón. Fue imperdonable. Mi madre me ha frito a llamadas todo el fin de semana para que me arrodillara pidiéndote perdón.

—No te molestes. — dijo mirándolo decepcionada.

Richard apretó los labios— Pero no lo voy a hacer porque tú también me estás haciendo daño con tu actitud y no te lo echo en cara.

— ¡Lo estás haciendo, idiota! —él se echó a reír dejándola de piedra y se levantó de su silla como si nada —No te acerques.

Richard levantó las manos en son de paz— Mira, he pensado que es mejor olvidar el pasado y empezar de cero.

—Tú alucinas. — fue hasta la puerta.

—Nena, ¿te das cuenta que estás siendo muy terca? Eres la mujer de mi vida. ¿No me das un besito de despedida?

Asombrada se giró lentamente al ver que estaba haciendo lo mismo que había hecho ella cuando le había conocido— ¿Cómo te atreves a burlarte de mí?

Richard perdió la sonrisa —Nena, te juro que esa no era mi intención.

— ¡Claro que sí! ¡Yo te hablaba así sinceramente!

— ¡Quería romper el hielo! ¡Ya no sé qué hacer para que no te alejes de mí! — Richard se acercó y la cogió por los brazos— ¡Todo lo que digo te sienta mal! ¿Qué tengo que decirte? —la abrazó a él y atrapó sus labios besándola desesperado. Ella jadeó intentando separarse, pero Richard aprovechó para entrar en su boca y Symone gimió cuando acarició su lengua provocándole un estremecimiento.

No pudo evitar responder a sus exigencias y cuando las manos de Richard bajaron desde su espalda hasta su trasero apretándola contra él, rodeó su cuello con sus brazos. Entonces todo se les fue de las manos y Symone apretó su cadera con su duro sexo provocando que Richard tirara de su cazadora. Symone bajó un brazo de su cuello para ayudarle sin separar su boca de él, abrazándole otra vez de inmediato en cuanto quitó la manga. Cuando tiró de su camisa hacia arriba acariciando su vientre hasta llegar a su pecho, gimió en su boca al sentir como apretaba su pezón endurecido entre sus dedos. Richard se apartó para mirarla— Nena, quiero hacerte el amor...

Symone abrió los ojos lentamente y al ver sus ojos grises — ¿Ahora? — sonrió maliciosa— ¿Sobre la mesa?

Richard se echó a reír y sus manos bajaron por su espalda desnuda para entrar por la cinturilla del pantalón y acariciar sus nalgas— Dios, me vuelves loco.

Symone llevó sus manos a su cinturón de cuero y a Richard se le cortó el aliento— Nena, estamos en la oficina.

—Te quiero dentro de mí.

La miró como si la amara y Symone le besó suavemente el labio inferior acariciando su entrepierna, provocando que gimiera. Richard perdiendo el control la volvió pegándola a la pared— Bájate los pantalones— susurro contra su oído. Symone lo hizo con manos temblorosas de anticipación, dejando caer los pantalones al suelo y cuando sintió su mano acariciando sus húmedos pliegues, jadeó apoyando las manos en la pared —Nena...— entró en ella con fuerza haciéndola gritar y apoyó las manos al lado de las suyas en la pared pegándose a su espalda— Estás caliente, cielo. Perfecta para mí. — Symone arqueó su cuello hacia atrás al sentir como salía de ella y Richard la besó entrando en su ser con fuerza de nuevo, estremeciendo cada fibra de su ser debido a su necesidad por él. Symone sintió como se tensaba su interior a medida que él la penetraba una y otra vez. Sus manos fueron a las de Richard y desesperada por la liberación unió sus dedos a los suyos hasta que él entró con fuerza en ella provocando que gritara de éxtasis apretándose a su cuerpo.

La respiración alterada de Richard en su oído le hizo darse cuenta de lo que acababan de hacer, pero estaba tan relajada que le dio igual. Sonrió pegando su mejilla a la suya disfrutando del momento—Tengo que seguir trabajando. — susurró al ver que Richard no se separaba.

—No me estropees el momento. Joder, me gustaría no tener una reunión en una hora y llevarte a casa.

Esas palabras la tensaron —Tengo que trabajar. Richard suéltame.

Él suspiró antes de separarse. Symone algo avergonzada se subió sus pantalones rápidamente y gimió cuando vio que todavía tenía una manga del abrigo puesta. Se volvió poniéndose la cazadora y apretó los labios al ver a Richard pasándose una mano por el cabello.

—En este momento no quiero hablar de esto. —dijo dejándole con la boca abierta —Me voy a trabajar. Ya hablaremos mañana. — y antes de que se diera cuenta salió del despacho a toda prisa, pensando que tenía que salir de allí lo antes posible. Uno de los hombres que la había llevado hasta él, tenía su carrito y ella lo cogió de malos modos antes de pulsar el botón del ascensor. Sólo esperaba que no hubieran oído nada de lo que había pasado en el despacho. Se puso como un tomate sólo de imaginarse lo que pensarían.

Capítulo 10

Cuando terminó su reparto, todavía no se podía creer que lo hubiera hecho con él en el despacho. ¡Y no solo eso! ¡Le había pedido ella que le hiciera el amor! Se estaba volviendo loca. Estaba devolviendo el carrito cuando la señora Liles se acercó a toda prisa— ¡Symone!

Se volvió esperando que no la entretuviera demasiado— ¿Sí?

— ¡Acabo de ver en el registro de las vacaciones que no te has cogido las correspondientes a este año! — dijo indignada.

—Me cogí una semana, creo. — dijo intentando recordar.

—Pues no. Este año no. — la miró como si quisiera regañarla— Mira, sé que eres muy responsable, pero no puedes dejar de coger las vacaciones que te corresponden. Vas a meterme en un lío.

—No se preocupe. Además, he estado de baja y...—la mujer negó con la cabeza— ¿No?

— ¡No! A partir de mañana quedas de vacaciones hasta después de Navidad.

Abrió los ojos como platos— ¿Pero qué voy a hacer casi tres semanas? No hace falta, de verdad.

— ¿Te das cuenta en el lío que has causado? Si me hubieras avisado no te habría dado la ruta de Jimmy y ahora tendré que sustituirte por otra persona.

—Pero le estoy diciendo que no hace falta.

— ¿Y enfrentarme a los del sindicato? ¿Crees que estoy loca? Esperan cosas así para tirarse al cuello. —se volvió dándole la espalda— ¡Hasta después de Navidad no te quiero ver por aquí!

Aquello era estupendo. ¿Qué iba a hacer durante tanto tiempo? Totalmente ensimismada en sus pensamientos llegó a su apartamento cruzándose con Tavia que se iba a toda prisa— ¡Mierda, voy a llegar tarde! — dijo histérica pero cuando le miró la cara se detuvo en seco— ¿Qué pasa?

—Nada, estoy de vacaciones.

Parpadeó sorprendida— ¿Y te pones así? ¡Yo estoy deseando que lleguen y acabo de empezar!

—También me he acostado con Richard. — se quitó la cazadora tirándola en el suelo para llevarla a la lavandería.

—Eso es más interesante. —dio un paso hacia ella— ¿Y eso?

Se encogió de hombros— Surgió.

Su amiga asintió divertida— Surgió.

— ¿No tenías prisa?

— ¡Mierda! — miró su reloj de pulsera— ¡Hablamos luego! ¡Y no te tortures! Los polvos de reconciliación son los mejores. —dijo cerrando la puerta.

Puso los ojos en blanco dejándose caer en el sofá. No había sido un polvo de reconciliación. ¿O sí? ¿Le había perdonado? Puede que cuando la tocara perdiera el norte, pero de ahí a perdonar su comportamiento... Gimio porque estaba hecha un lío. Entonces su mirada cayó en una foto con su madre. La llamaría. O mejor podía visitarla. Ahora estaba de vacaciones. Podía hacer un viajecito a casa. Cogió el teléfono inalámbrico. Marcó su número pensando que debía comprarse un móvil nuevo. Hizo una mueca recordando todos los gastos extra que tendría con las Navidades.

— ¿Diga?

— ¿Mamá?

— ¡Cielo, qué sorpresa! ¿Cómo estás? ¿Qué tal la pierna?

—Mucho mejor. —respondió sonriendo.

—Si me lo hubieras dicho primero, habría ido a ayudarte. ¿Sabes? Will me ha dado una sorpresa y me ha dicho que iremos a Nueva York en Navidades para que estemos todos juntos.

— ¿De verdad? Pensaba ir yo unos días ahora. Estoy de vacaciones.

—Cariño, es un gasto innecesario. Will ya ha comprado los billetes y ha reservado el hotel.

—Le ha debido salir carísimo en esas fechas.

—Le han subido el sueldo en la inmobiliaria y lo celebraremos todos juntos en unas semanas. — sonrió pensando en su marido. La había sacado del pozo en el que se encontraba y nunca se lo agradecería lo suficiente— Está deseando verte. Te ha comprado un regalo precioso.

—No tenía por qué. Me alegra mucho que vengáis. Haremos mil cosas.

—Lo estoy deseando. — su madre se quedó callada unos segundos— Cielo, ¿te ocurre algo? No parece muy entusiasmada.

— ¡No! Estoy contenta, de verdad. Pero es que... — no pudo evitar emocionarse— No sé qué me pasa.

— ¿Tiene que ver con un hombre?

—Algo así.

—Cuéntamelo todo.

Se pasó hablando con su madre hora y media, contándole todo lo que había pasado. Su madre no la interrumpió excepto para hacerle preguntas y enterarse mejor. Cuando al fin terminó no le quedaban lágrimas. Su madre suspiró al otro lado de la línea— Symone, ¿qué estás haciendo, hija?

— ¿A qué te refieres?

—Sé que es culpa mía que ayudes a los demás en lo que puedas. Cuando eras pequeña siempre estabas cuidándome.

— ¡Eres mi madre!

—Sí. ¿Siempre estás dispuesta a echar una mano a un desconocido y ahora el amor de tu vida te está pidiendo ayuda y tú te niegas?

— ¡No me pide ayuda!

—Te está diciendo que te necesita, cariño. — los ojos de Symone se llenaron de lágrimas— ¿No vas a perdonarle? ¿Cuándo me has perdonado a mí tantas veces?

—Eso es distinto.

—No lo es. Sé que se ha portado fatal contigo al reaccionar así. Y su hermana es una tocapelotas que ya se puede esconder como me la encuentre. — Symone sonrió— Pero Richard ha estado bajo mucha presión y lo ha pagado contigo. Se ha sentido presionado. —su madre se echó a reír— Cuando insistes en algo eres como un perro con un hueso. Me encantaría haberle visto la cara cuando le pediste matrimonio nada más conocerle.

Symone se echó a reír mientras se limpiaba las lágrimas— ¿Y al verte en su oficina? Pobre hombre.

—Sí, pero eso no justifica lo que hizo después.

—Mira, quiero a Will muchísimo. Y a veces es totalmente irracional y me molesta. A veces me cabrea muchísimo hasta querer tirarle de esos tres pelos que tiene en la cabeza, pero eso no significa que no le ame, ¿entiendes?

Symone entrecerró los ojos— Sí.

—Date tiempo. No te apures y no le tortures por haber metido la pata. Relájate y disfruta. Eso sí, si vuelve a hacerte daño dale una patada en las pelotas.

— ¿Tú crees?

—Estás de vacaciones. Pásalo bien. ¡Sal por ahí! Y si queréis, salir a cenar. Sal con él como una pareja normal. Comprueba que estáis bien como pareja, porque todavía no lo habéis sido. Casi no os conocéis, cielo.

Esas palabras le hicieron sentirse mejor— Te haré caso.

—Muy bien. En nada de tiempo estaré contigo y le daré un repaso para ver si me gusta.

Symone se echó a reír— Es muy guapo. Te gustará.

—Yo sólo quiero que te haga feliz.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cielo. No tardes tanto en llamar. Quiero enterarme de lo que pasa.

—Te llamo el domingo.

—Dale un beso a Tavie de mi parte.

Cuando colgó el teléfono, se quedó mirando la pared al menos diez minutos pensando en ello. Cogió el teléfono y marcó— ¿Thorton Internacional? — el tono de Carol Anne indicaba que estaba harta.

— ¿Un mal día?

— ¡Tía, desde que te has ido, han pasado por aquí todos los pirados de Nueva York! ¿Les has llamado tú? — Symone se echó a reír— Seguro que lo harías para tocarme las narices.

—Sí que lo haría, pero no es cosa mía.

—En contabilidad están haciendo entrevistas de trabajo y ha venido gente rarísima. ¡Una tía con el pelo rosa en cresta me entregó su currículum con la boca llena de chicle!

— ¿Le han dado el trabajo?

—No tengo ni idea. Su currículum era un folio escrito a mano y tenía manchas de lo que parecía keptchup.

— ¿Y la foto?

—Para llorar. —Symone se echó a reír— ¿Qué pasa? ¿Quieres hablar con el jefe? A ver si te compras un móvil

— ¿Y dejar de hablar contigo?

—Sí, eso sería una auténtica desgracia.

—Y que lo digas. Sí, tengo que hablar con él porque me han dado vacaciones.

— ¡Me voy a cambiar a Correos! — exclamó indignada.

— ¡Me han obligado!

—Estás mal de la cabeza. Te paso.

— ¿Despacho de Richard Thorton?

—Soy Symone.

—Un momento, no cuelgue. —suspiró tumbándose en el sofá.

— ¿Nena?

—Hola. — susurró.

— ¿Estás bien?

—Tengo que decirte que mañana no voy a ir.

—ella iba a decirle algo, pero la interrumpió— ¿Qué te parece si voy a tu casa y lo hablamos?

— ¿Lo hablamos? — preguntó empezando a divertirse— ¿De qué tenemos que hablar?

— ¿Cómo que de qué?

—Ha estado bien. Ya está.

—No, no está. ¡Porque no me has dicho si me perdonas!

— ¿Y tengo que decírtelo? Yo creía que te había quedado claro.

—Pues no. A mí no me ha quedado claro nada. ¿Me perdonas o no?

—No sé...

— ¿Cómo que no sabes? ¡Pues aclárate de una vez!

—Eso pensaba hacer. — dijo intentando disimular la risa— Sobre lo de mañana...

— ¡Si no vienes, es que no me has perdonado! — le gritó al otro lado de la línea— ¡Y eso es inaceptable!

— ¿Inaceptable?

— ¿Te has cambiado de ruta otra vez? ¿Qué pasa en Correos? ¡Esto es una tomadura de pelo!

Symone casi no podía resistir la risa y carraspeó— Sobre lo de mañana...

— ¡Que no! Te quiero mañana aquí, ¿me oyes? ¡Más te vale venir!

— ¿Y si no qué?

Gruñó al otro lado de la línea— Espera que voy a tu casa y lo hablamos.

— ¿Ahora?

— ¡Sí!

Colgó el teléfono y ella miró el auricular asombrada. ¡Iba para allá! Saltó del sofá a toda prisa y corrió hacia la ducha. Se desvistió en tiempo récord y cuando salió de la ducha se perfumó y se puso el camisón verde de la otra vez— Tengo que comprar ropa interior. — susurró mirándose al espejo apartando los rizos húmedos de la cara. Volvió la cabeza hacia abajo alborotándolos y al levantar la cabeza se tuvo que apoyar en el respaldo de la silla de su tocador porque se mareó del impulso —Vaya.

Cuando llamaron a la puerta de malos modos salió de su habitación — ¡Symone, abre!

—Sí, ya voy. —dijo aún algo mareada.

Abrió la puerta y le miró de arriba abajo. Richard entrecerró los ojos— ¡Estás pálida! — dijo como si fuera un delito.

—Oh, es que al salir de la habitación me he mareado, pero...

Richard la cogió en brazos y Symone sorprendida cerró la puerta de un portazo antes de que se la llevara al sofá. — ¿Te has mareado? — la sentó sobre sus rodillas y le sujetó la barbilla para verla bien. La miró con el ceño fruncido— ¡Debes tener más cuidado!

— ¿Ah, sí?

La miró a los ojos y la abrazó a él besándola con fuerza. Cuando se apartó, el mareo de Symone no tenía nada que ver con sus rizos — ¿No estarás embarazada?

Esas palabras la dejaron en shock mirándolo con los ojos como platos— ¡Claro que no!

— ¿Cómo lo sabes?

—Pues... —la cogió en brazos dejándola en el sofá y fue hasta la puerta— ¿A dónde vas?

—Vuelvo en un minuto. — dijo saliendo del apartamento en un suspiro.

Confundida se quedó allí sentada. Todo aquello era surrealista. ¿Por qué pensaría que estaba embarazada cuando la había visto tomar la píldora el fin de semana que pasaron juntos? Se mordió el interior de la mejilla pensando en ello.

—Bueno, ya se le pasara. —se levantó y se dio cuenta que tenía hambre. Fue hasta la nevera y se preparó un sándwich. Estaba comiéndolo cuando llamaron a la puerta. Con él en la mano fue a abrir y Richard sonrió levantando una bolsita de papel— Ya está. ¿Estás comiendo? Muy bien. Seguramente por eso estabas mareada.

Masticando le vio ir hacia la mesa de café y dejar la bolsa encima. Se quitó el abrigo y abrió la bolsa a toda prisa— ¿Qué haces? — preguntó antes de dar otro mordisco al sándwich.

Sacó un paquetito blanco y vio una prueba de embarazo. Symone se atragantó y se puso a toser de la impresión. Richard se acercó y le dio palmaditas en la espalda— Nena, ¿estás bien?

— ¿Qué es eso?

—Vamos a asegurarnos. —entrecerró los ojos— ¿No me estarás ocultando nada?

— ¿Estás mal de la cabeza? ¡Sabes que tomo la píldora! — enfadada dejó el sándwich sobre la mesa y le miró con los brazos en jarras— ¿A qué viene esto?

—Si no me ocultas nada, no te importará hacerte la prueba.

— ¡No estoy embarazada! — entrecerró los ojos— ¿No querrás retenerme con un embarazo? Porque si estuviera embarazada no tendría nada que ver con nosotros.

— ¿Cómo que no tiene que ver con nosotros? ¡Sería nuestro!

Jadeó asombrada— Dios mío, quieres que esté preñada para que dé mi brazo a torcer, ¿verdad?

— ¡Pues solucionaría muchos problemas!

— ¿Como que estoy enfadada?

— ¡Tu enfado viene y va! ¡Así no se te pasarían cosas raras por la cabeza!

— ¿Cosas raras? ¿Cómo qué?

Él la cogió por el brazo pegándola a él— Como pasarte por la cabeza que no me quieres. — el corazón de Symone dio un vuelco— Porque me quieres.

— ¿Ah, sí?

— ¡Dímelo de una vez!

Symone apretó los labios— ¡Te dije una vez que a mí no me hablaras en ese tono!

— ¡Sí, cuando me acosabas!

— ¿Y ahora me acosas tú a mí?

Los ojos de Richard brillaron de deseo y la pegó más a él acariciando sus caderas— Lo haría, pero no puedo perseguirte con un carrito de correos por Nueva York.

—Es una pena. El uniforme te quedaría muy bien.

Richard sonrió y se separó de golpe. —No me distraigas, hazte la prueba.

—No seas ridículo. ¡No estoy embarazada! ¡He tenido el periodo después de acostarme contigo!

Richard bufó— ¿Seguro?

— ¿Cómo no voy a estar segura de eso?

Él juró por lo bajo y ella le miró asombrada— ¡No puedes hablar en serio! ¡No voy a tener un hijo contigo para que pienses que así me tienes bien sujeta!

Vio como su mente cambiaba de táctica — ¿Cómo es que mañana no pasarás por la empresa? ¡No habrás dejado el trabajo!

— ¡Pues no!

— ¡No puedes cambiar de ruta cuando te dé la gana!

— ¿Dónde lo dice?

—Mañana repartirás en mi edificio. Vaya si lo harás. — dijo sacando su móvil y marcando.

— ¿Qué haces?

—Llamar a un amigo.

— ¡Estoy de vacaciones! —le gritó furiosa enfrentándole.

— ¿Por qué no me lo has dicho antes? — sonrió como si le hubiera tocado la lotería — ¿Qué te parece si nos vamos unos días a Aspen?

—Tú no estás bien. — fue hasta la puerta del apartamento y la abrió furiosa.

— ¿Y una cenita?

— ¡Largo!

— Entonces sobre lo de casarnos ni hablamos, ¿no?

A Symone se le cortó el aliento y le miró a los ojos— ¿Qué?

—Es que en estos últimos días me he dado cuenta que no hay que desaprovechar las oportunidades. Luego vienen los arrepentimientos. —arrodilló una pierna ante ella y sonrió cogiéndole la mano— Symone, cuando te conocí fue como si un tornado pasara por mi vida y no me di cuenta de lo que sentía hasta que fue demasiado tarde. Pero ahora que sé que me quieres, voy a hacer todo lo que haga falta para que nunca te separes de mi lado.

— ¿Cómo sabes que te quiero? — susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—Esta tarde me lo demostraste, cielo. Y si no me quisieras, me habrías echado de tu casa a patadas, pero me has abierto la puerta. Dos veces. —le besó la mano— Nena, dime que sí.

— ¿Me quieres? — una lágrima cayó por su mejilla aterrizando sobre sus manos unidas.

Él la limpió con su pulgar —Te lo demostraré. Te juro que no te arrepentirás.

Symone sonrió y Richard se levantó cogiéndola en brazos — ¿Qué haces?

—Vamos a celebrarlo.

—No te he dicho que sí.

—Claro que me lo has dicho. Tus ojos me han dicho que sí y tu cuerpo me lo dirá en unos minutos. — la besó suavemente en los labios— Te quiero.

—Es que soy irresistible. — dijo abrazando su cuello.

—Es imposible resistirse a esa sonrisa. Tendré que controlarte.

Symone se echó a reír y cuando la tumbó en la cama susurró mirando sus maravillosos ojos grises— Te quiero.

—Demuéstramelo, nena.

Epílogo

Symone entró en Thorton Internacional tirando de su carrito y Carol Anne puso los ojos en blanco al verla— ¿Será posible? Cuando se entere tu marido te va a tirar de las orejas. ¿No se suponía que tenías un trabajo de oficina?

—Se ha puesto enfermo y quería caminar un poco.

—¿Cuántas manzanas? ¿Veinte?

—No seas pesada. —dijo acariciando su enorme vientre por encima de su camisa de correo premamá.

— ¡Encima con el calor que hace! Tú no estás bien. — rodeó la recepción enfadada.

— ¡Symone! — el grito de su marido la hizo volverse y al verlo entrar por la puerta con su abogado sonrió— ¡No! ¡No me sonrías porque esto no va a quedar así!

¿Estás loca? ¡Estás de ocho meses!

—Ya, pero me necesitaban. — se acercó y le dio un beso en los labios.

Richard la volvió a besar cogiéndola por la cintura. Cuando se separó, la miró de arriba abajo comprobando que estuviera bien.

— ¡Oh, por Dios! ¿Un beso y ya está? —dijo Carol indignada —¿Que poca resistencia tienen los hombres!

Richard se enderezó y cogió a su mujer de la mano llevándola hasta el ascensor a toda prisa— ¡Gracias, Carol! — dijo ella irónica mientras la metía en el ascensor.

— ¡De nada!

Miró a su marido mientras se cerraban las puertas y sonrió— No, nena. ¡Se acabó! ¡No pienso dejar que te pasees por la ciudad tirando de ese dichoso carrito!

— ¡Hace dos meses que no lo hacía!

— ¡No tienes por qué hacerlo!

—Me gusta. ¡Habíamos quedado que después de dar a luz me tomaría una excedencia, pero no puedo quedarme en casa ahora! ¡Me aburro!

Richard entrecerró los ojos— Muy bien, suéltalo.

Ella desvió la mirada —No sé de qué me hablas.

— ¿A quién estás ayudando ahora? Como me entere de que te metes en un lío...

— ¿Qué?

— ¡Te encierro en casa!

Sonrió divertida— No lo harías. Me quieres.

—Cada vez menos

Se abrieron las puertas mientras ella jadeaba indignada— ¡Richard Thorton! ¡Retíralo!

Sus secretarias sonrieron viéndolos discutir yendo hacia el despacho. Cuando él cerró la puerta, se cruzó de brazos mirándola— ¡Suéltalo!

—Pues... ¿recuerdas los gladiolos que te regalé cuando tu madre estaba en el hospital? Por cierto, ¿qué hiciste con ellos?

—Nena, no te desvíes.

—Bueno, pues resulta que Alan, el florista, es muy majo. —Richard puso los ojos en blanco— No me mires así. ¡Le ha dejado el novio y está muy deprimido!

— ¿Y?

—Pues resulta que dos edificios más al sur hay un hombre perfecto para él.

— ¿Qué eres ahora, la cartera del amor? — le gritó furioso, pero al ver que ella sonreía encantada gimió.

—Cariño, sólo quiero que se conozcan. ¡No me llevara más de... dos días!

— ¡Mañana te coges la baja!

—No podrá ser porque mañana he quedado con Steve para ir a visitar a su abuelo al geriátrico y por supuesto tendremos que pasar por una floristería para...

Su marido la cogió por la cintura. Sus ojos brillaban de alegría— ¿Sabes que hice con los gladiolos?

— No, ¿qué?

La cogió por la cintura y la llevó hasta la estantería repleta de libros de economía. Cogió un volumen y lo abrió. Su rosa azul estaba prensada entre las hojas y los ojos de Symone se llenaron de lágrimas de emoción— Oh, cariño...

—Cuando volví a la habitación de mi madre me fijé en el ramo y vi la rosa entre ellas. Pensé que era como tú. Tan distinta a las demás y tan bella que tenía que conservarla.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca. — le abrazó por la cintura y le besó en la barbilla— Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor. Pero mañana te coges la baja.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Dejaré de esconderme” o “Hasta mi último aliento”. Próximamente publicará “Lo nuestro es único” y “Por una mentira”

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de sesenta para escoger. También puedes seguir sus novedades a través de Facebook